



LÓPEZ SÁEZ, J.A. & CHAVARRÍA VARGAS, J.A. (Eds.) 2025
I Congreso de Historia, Naturaleza y Tradiciones de la Sierra de Gredos
Ayuntamiento de Lanzahíta, Lanzahíta, Ávila

ACTAS

I CONGRESO DE HISTORIA, NATURALEZA Y TRADICIONES DE LA SIERRA DE GREDO



José Antonio López Sáez
Juan Antonio Chavarría Vargas
(Editores)



I CONGRESO DE HISTORIA, NATURALEZA Y TRADICIONES DE LA SIERRA DE GREDOS

4-6 de julio de 2025

Lanzahíta (Ávila)

Huellas del Tiétar



Dirección y Coordinación

José Antonio López Sáez
(Instituto de Historia, CSIC)



Juan Antonio Chavarria Vargas
(SEVAT)

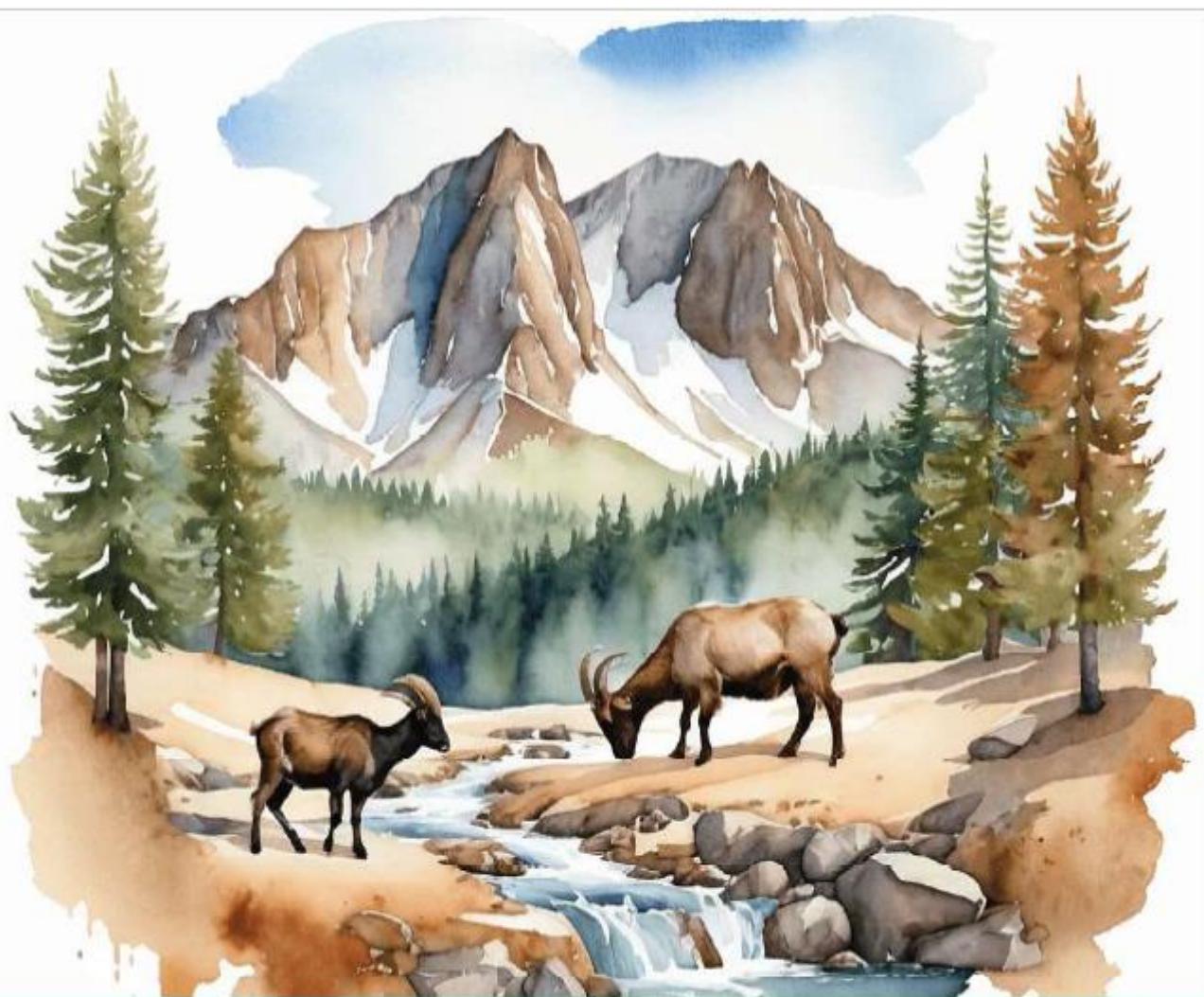


DIPUTACIÓN
DE ÁVILA



EXCELENTE
AYUNTAMIENTO DE
LANZAHÍTA





Actas I Congreso de Historia, Naturaleza y Tradiciones de la sierra de Gredos

Editores y coordinadores de la publicación:

J.A. López Sáez y J.A. Chavarría Vargas

Edita:

Ayuntamiento de Lanzahíta, Lanzahíta, Ávila

Diseño y maquetación:

José Antonio López Sáez

Fecha de impresión:

Noviembre 2025

ISBN: 978-84-09-78180-5

LOS CABREROS DEL SUR DE GREDOS. Una cultura pastoril basada en la producción tradicional del queso

J. Francisco Fabián García¹, Ascensión Salazar Cortés² y Rufino Galán Carreras³

1 Arqueólogo. Email: jfranciscofabian@gmail.com

2 Arqueóloga. Email: asalazarcortes@gmail.com

3 Guarda jubilado del castro de El Freílo (El Raso de Candeleda).

I. Introducción

El objetivo de este trabajo es exponer los resultados globales de una investigación llevada a cabo en las estribaciones de la cara sur de Gredos, en concreto en el término de Candeleda y una parte del de Guisando, en los que se incluyen las gargantas conocidas como Tejea/Alardos, Chilla y Santa María, compuesta ésta por la suma de la garganta Blanca y la Lóbrega. Dicho estudio se ha realizado entre los años 2015 y 2018. En ellos se recopilaron y estudiaron las actividades pastoriles llevadas a cabo por los conocidos localmente como *cabreros*, dado el protagonismo esencial y la predominancia en toda la actividad de la cría de cabras, de la que derivó la producción de queso proveniente de su leche, sujeto esencial de la actividad.

El tema de nuestra investigación no es pionero ni único en el marco de la actividad estudiada, ya que desde hace cierto tiempo hay otros investigadores que lo han abordado, algunas enfocadas a otras zonas cercanas, también en la cara sur de Gredos. Teniendo en cuenta lo publicado hasta el momento, creemos que una de nuestras principales aportaciones es la de haber registrado y documentado en las tres gargantas aludidas todos o prácticamente todos los testimonios pastoriles de la actividad que se han dado a lo largo del tiempo, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta los años 80 del siglo XX.

La investigación ha consistido, primero, en peinar los valles fluviales de las tres gargantas y sus cauces tributarios, inventariando cada lugar hallado con toda su morfología en base a la cumplimentación de una ficha predeterminada para cada testimonio. Paralelamente, hemos entrevistado a los cabreros todavía vivos con el fin de que aportaran datos sobre el desarrollo de las actividades pastoriles con todas sus circunstancias¹, consiguiendo con ello que, además de la documentación de los

¹ Agradecemos la colaboración de la familia Garro Chinarro (Santos, Constancio, Gregorio y Gerardo), de Gregorio Tiemblo, Florentino Garro Campos, Eusebio Garro Fraile, Aquilino Garro Blázquez, Victorino Jara Garro y Pastora González Jara. Todos ellos con sus testimonios fueron fundamentales para reconstruir la vida de los cabreros de Candeleda y su entorno.

escenarios, tuviéramos a los actores que participaron y pudieran relatarnos sus experiencias. Por otra parte, consultamos la bibliografía que nos ha sido posible y de todo ello en conjunto hemos sacado las correspondientes conclusiones que se exponen sintéticamente en este trabajo, preludio de otro más amplio que esperamos elaborar en un futuro próximo, donde se recojan debidamente cada uno de los testimonios estudiados con cada uno de sus elementos, así como numerosos detalles que, por las exigencias propias del formato de esta publicación, no pueden tener cabida aquí.



Fig. 1. Hijos de la familia Garro Chinarro en la choza de la Majada de Braguillas donde vivieron en los años 30 y 40 del siglo XX.

Dado que dos de los firmantes de este trabajo somos arqueólogos (JFFG y ASC) hemos aprovechado la oportunidad, también, dadas las características de lo estudiado, para hacer un ejercicio de comparación entre los restos de la actividad pastoril y los que hallamos en las investigaciones correspondientes a la Prehistoria Reciente. Con ello hemos buscado provocar una reflexión acerca de las interpretaciones que llevamos a cabo cuando ejercemos la arqueología de campo. Finalmente, debemos aludir a la contribución de la Junta de Castilla y León en una parte del trabajo total. La Consejería de Cultura, a través de la Dirección Gral. de Patrimonio Cultural y en ella de la Sección de Etnología², financió dos campañas de documentación de evidencias pastoriles en la garganta de Tejea/Alardos y una parte de la de Chilla. Ello significó aproximadamente el 35% del total. Los elementos

² Agradecemos a Benito Arnaiz Alonso, responsable de dicha Sección de Etnología las gestiones realizadas en el trabajo subvencionado por la Junta de Castilla y León.

documentados en estas dos campañas se encuentran incluidos en la base de datos del Inventario Arqueológico y Etnológico de la provincia de Ávila, con visibilidad pública a través de la plataforma de datos de la Junta de Castilla y León. El resto (65%) se hizo sin subvención alguna y por ahora es inédito. Por consiguiente, los datos que aquí se exponen en relación a una parte de la garganta de Chilla y a toda la de Santa María (garganta Blanca y la garganta Lóbrega) son también hasta ahora inéditos en sus detalles.

El trabajo de prospección de majadas y puestos fue muy duro, dadas las características físicas de la zona, pero muy gratificante en la experiencia, en los conocimientos adquiridos y en el disfrute de un territorio verdaderamente fascinante fuera cual fuera la estación del año, en el que el esfuerzo físico quedaba siempre compensado con el placer de lo contemplado y de lo conocido sobre los cabreros.

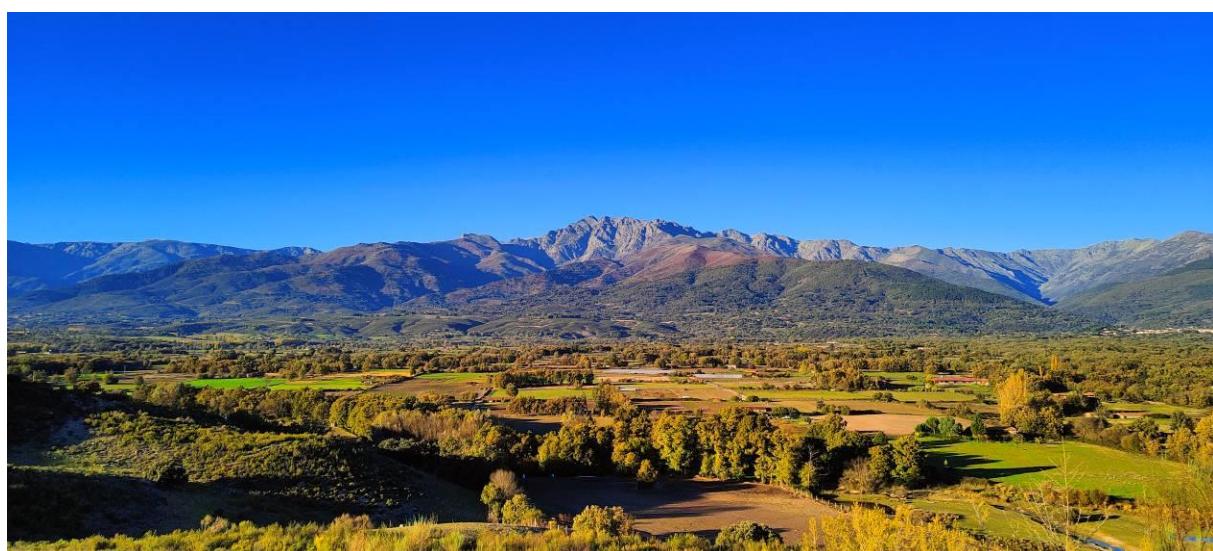


Fig. 2. La zona de la cara sur de Gredos, protagonista de este trabajo, desde el valle del Tiétar. (Fotografía de Graciela Galán).

II. La cara sur de Gredos. El paisaje de los pastores

La sierra de Gredos constituye una frontera montañosa natural entre la elevada Meseta Norte y las más bajas tierras al sur de ellas, donde se abre paso la fosa del valle del río Tiétar. Respecto a las estribaciones, la diferencia de altitud entre la meseta y el valle del Tiétar, separadas por la montaña, está en torno a 800 m constituyendo un escalón considerable con consecuencias a todos los efectos.

Desde el punto de vista morfológico, la sierra de Gredos se caracteriza por la fuerte disimetría que existe entre sus vertientes norte y sur. Por el norte, el descenso desde las cumbres hasta el valle del Duero se hace de una forma progresiva, gracias a la presencia de alineaciones montañosas escalonadas que suavizan las diferencias de nivel entre las crestas y el llano. La vertiente sur, por el contrario, presenta fuertes y

bruscas pendientes, alzándose la sierra como una gran barrera monolítica sobre la depresión del Tajo. Así, la ladera sur, sobre todo desde el Puerto del Pico hacia el

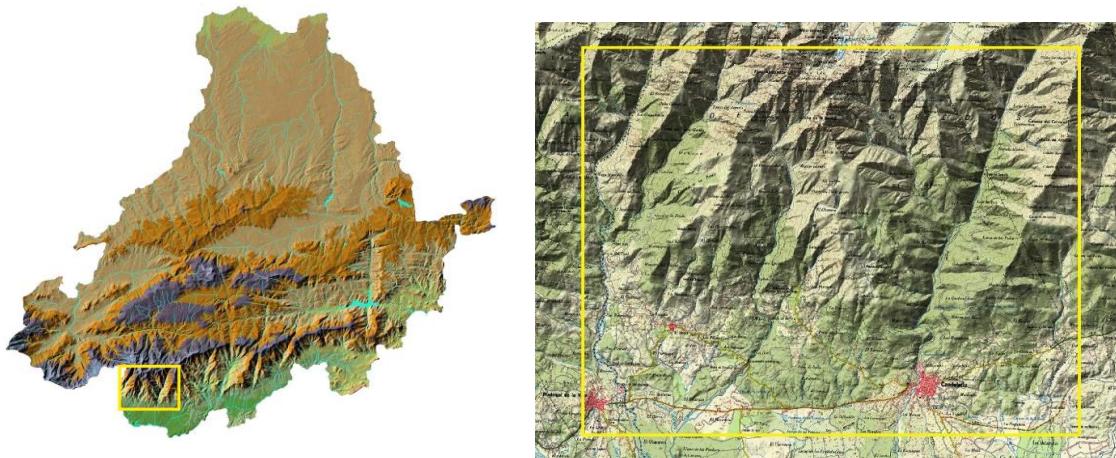
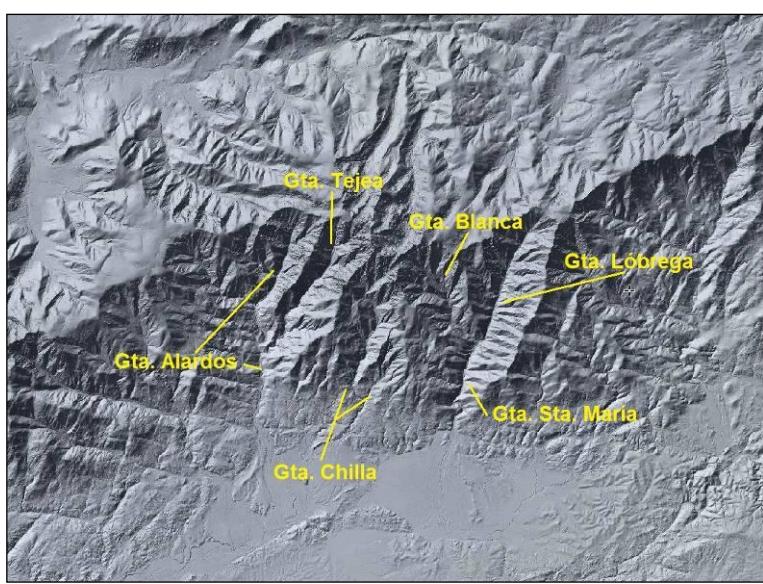


Fig.3. Localización en de la zona estudiada en el mapa de Ávila y en MTN. término de Candeleda.

oeste, está constituida por vertientes escarpadas, múltiples gargantas, grandes acumulaciones de cantos rodados, marmitas de gigante, valles intramontanos... etc, (ARENILLAS PARRA, 1990; GARRO GARCÍA, 1995; TROITIÑO VINUESA, 1999), todo lo cual será determinante en los modelos de habitación de esta zona de la sierra que vamos a abordar. Estando en las estribaciones mismas de la sierra, tiene, por tanto, carácter montañoso, al pie mismo de la elevación máxima de la sierra de Gredos, el pico del Moro Almanzor, cuya altitud máxima es de 2.591 m.



El hábitat de los cabreros en sus dos manifestaciones —majadas y puestos— se sitúa entre los 700 y los 1800/1900 m de altitud.

Entre esas alturas tienen lugar las tres gargantas que hemos estudiado cuyo discurso es siempre de norte a sur. De oeste a este la primera es la garganta de Alardos, a la que se le une a la mitad de su recorrido, la de Tejea, formando una sola y tomando el nombre de la primera. A continuación, en

dirección este, la garganta de Chilla y paralela a ella, de nuevo hacia el este, la de Santa María, compuesta por las aguas de la garganta Blanca y la imponente garganta Lóbrega. Cada una de ellas se compone y se nutre de un buen número de pequeñas gargantas tributarias que han formado valles generalmente profundos, debido a caudalosos cauces muy antiguos que han sido excavando. Todas

desembocan en el río Tiétar, donde este cauce ha formado parte a través de millones de años de una extensa vega conocida como valle del río Tiétar, afluente del Tajo, cuya unión de ambos se produce a unos 57 km al S-O.

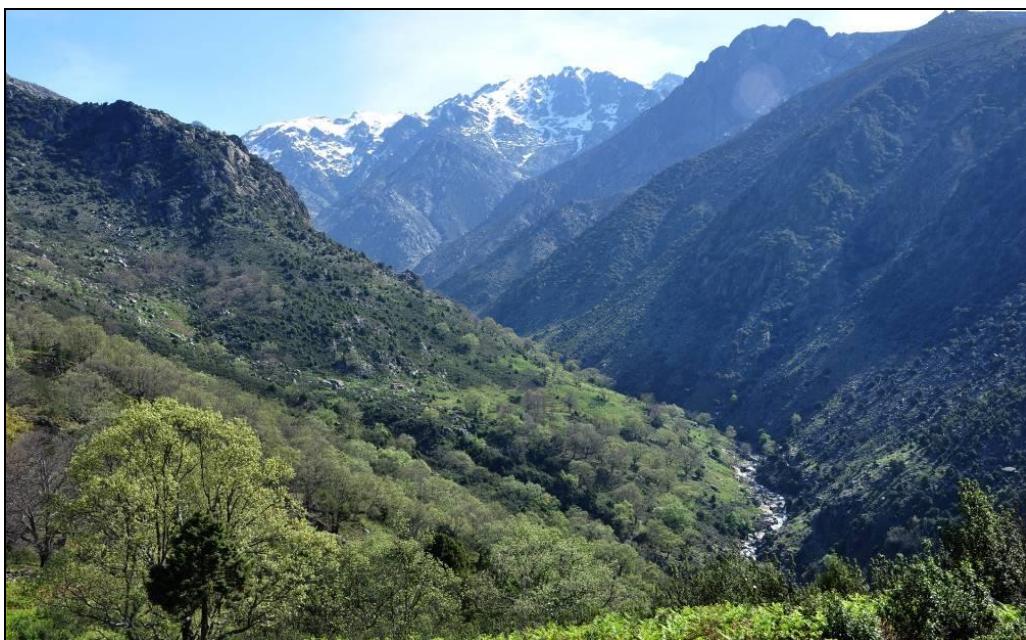


Fig.4. Paisaje de la garganta de Tejea.

El espacio investigado de las tres gargantas implica una superficie de unos 150 km². Supone un paisaje abrupto y difícil de transitar de valles en los que el principal, que constituye y da nombre a cada garganta, alcanza desniveles regulares de 400-500 m sobre el cauce de la garganta, siempre con pronunciadas inclinaciones.



Fig.5. Paisaje de la garganta de Tejea.



Fig.6. Paisaje de la garganta Lóbrega.

Las gargantas tributarias, surgidas a ambos lados de las principales, vierten en ellas a ambos lados formando valles secundarios que poseen desniveles menores, pero a menudo también considerables. Por todo ello, los cabreros que se movieron a diario en ese paisaje complicado, hubieron de hacerlo con las dificultades propias del tránsito por un medio tan difícil. Ello añade un mayor interés desde el punto de vista de la investigación y del conocimiento y estimación de estas actividades humanas, ligadas a la producción del queso, constituyendo como tal una verdadera cultura digna de ser conocida en profundidad.

El paisaje forestal arbóreo y arbóreo-arbustivo se compone de robles, castaños y enebrales. Los primeros (castaños y robles) aparecen en los primeros estadios de la zona, justamente en el territorio donde se construyeron las majadas. Después, ascendiendo cada garganta arriba, desaparecen en favor del enebral. Ese será el territorio de los llamados *puestos de primavera y verano* que explicaremos más adelante.

En todo el paisaje la roca dominante es el granito y de forma secundaria, la cuarcita.



Fig.7. Garganta de Chilla. Vega del Nebral.

III. Nacimiento (y muerte) de la cultura pastoril de los cabreros

El pastoreo de la ladera sur de la sierra de Gredos ha sido una actividad ligada desde muy antiguo a las poblaciones que han ocupado el piedemonte sur de esta sierra, tanto en la zona extremeña inmediata como en la que aquí abordamos, tal y como lo demuestran las pinturas rupestres de Las Zorreras, en El Raso, en las que se ven cabras, quizá formando parte de un rebaño que dirige un pastor esquematizado que va detrás de ellas, lo cual hablaría de pastoreo. Pero en lo que afecta a este trabajo, fue desde los principios de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX cuando se produjo un momento de gran auge del pastoreo. Fernando Palacios lo ha resumido en un artículo bien documentado, (Palacios, 2017).



Fig.8.Paisaje de Garganta Blanca (Gta. Sta María).

En el municipio de Guisando desde mediados del siglo XX se produjo un traslado de población hacia el municipio vecino de Candeleda, fundándose en el mismo proceso, poco después, la pedanía de El Raso, que hasta ese momento no existía. La razón más importante para que esto sucediera la motivaron esencialmente las leyes dictadas desde el Estado para la protección de combustible y maderas destinadas a la construcción civil y naval. Ello pretendía la repoblación forestal de grandes zonas destinadas hasta ese momento a pastos aprovechados por ovejas y cabras.



Fig.9. Detalle de las pinturas rupestres prehistóricas de Las Zorreras donde se puede ver a varias cabras agrupadas con un antropomorfo esquemático detrás de ellas.

También se ha dicho que otra razón del éxodo de los pastores pudo ser la enfermedad que sufrieron los castaños entre 1820 y 1840, obligando a los propietarios a talarlos. Ello habría motivado que se sustituyeran por plantaciones de pinos, pero no solo donde había habido castaños durante siglos, sino en una mayor superficie del municipio y con la intención de explotar la madera de pino, lo cual forzaba a los pastores a perder terrenos de pastos. Es muy posible que se trate de dos causas complementarias.



Fig.10. Guisando en la actualidad. Guisando a principios del siglo XX³.

Según F. Palacios, Guisando era un pueblo de pastores en el que una de cada tres familias tenía un rebaño de cabras u ovejas, por lo que, con las medidas del Estado, muchas familias se vieron avocadas a iniciar un éxodo. Hacia 1860 comienza la emigración, primero de una familia. En 1880 eran ya 7 entre la zona de El Raso y Candeleda, y a principios de 1900 constituyan 75 en la misma zona y alguna también en los vecinos términos extremeños de Madrigal y Villanueva de la Vera. Todo ello venía facilitado por al ayuntamiento de Candeleda, propietario de amplios espacios monte y piedemonte, que vio una oportunidad de obtener recursos en el alquiler de zonas para los nuevos establecimientos. F. Palacios calcula, habiendo examinado los registros de salida y entrada, respectivamente, de vecinos en los ayuntamientos de Guisando y Candeleda, que en cien años desde el inicio del proceso, más de un centenar de familias guisanderas emigraron a Candeleda, fundando a su vez El Raso y haciendo extensible la emigración, pero en mucha menos medida, también a los vecinos municipios de Madrigal de la Vera, Villanueva de la Vera y Castañar de Ibor, en los que el citado autor sitúa un 15% del total de los desplazamientos. Entre los emigrados había pastores, labradores y jornaleros.

Las primeras familias se asentaron en el piedemonte de la sierra del término candeledano, en concreto en lo que más adelante será la entidad local menor de El Raso de Candeleda⁴. A estas familias les siguieron otras posteriormente, como ya hemos señalado. La primera ocupación constituyó un poblamiento disperso en el mismo piedemonte de la sierra, donde el terreno era fácilmente transitable y había tierras susceptibles de desarrollar una economía agraria, en la que la presencia abundante de agua y buena tierra facilitaba los cultivos. Se trataba de casas de

³ Fotografía tomada de <http://joyanco.blogspot.com> 2009.

⁴ Probablemente el nombre de *El Raso* signifique una determinada zona de bosque talada, la que se habría talado para dar lugar a los asentamientos humanos dispersos. En todo el territorio al norte y al oeste de Candeleda el bosque de robles es muy profuso, de ahí que si una zona resulta talada adopte por ello el nombre de "raso". El diccionario de la RAE define como *Raso* a una zona plana o libre de obstáculos. Tal vez en la segunda de las acepciones pueda entenderse el acondicionamiento de una zona salvaje para convertirla en otra más habitable. *Hacer un raso* en el bosque es una acción bien conocida en la zona.

labranza dedicadas a la agricultura y en su inmediata proximidad, también al pastoreo. Con los años, los pobladores de las casas de labranza dispersas acordaron la construcción de una escuela para sus hijos en un punto central y la consiguiente contratación de un maestro que impartía sus clases al finalizar la jornada. Se construyó también una iglesia, en torno a la cual se irá constituyendo el conjunto urbano de El Raso en su configuración actual.



Fig.11. El Raso de Candeleda. Zona agrícola en el piedemonte de la sierra.

El crecimiento demográfico fue haciendo que las bases económicas de la zona poblada se diversificaran en dos actividades: por una parte, el cultivo de la tierra en las zonas bajas y por otra, el pastoreo en las zonas altas, en las faldas de la sierra, utilizando, sobre todo, a las cabras veratas como el ganado explotado extensivamente, cuya rentabilidad para la producción de queso quedaba demostrada al obtener entre 1'5 y 2 litros diarios de leche por hembra (De la Calle García, 2017). Precisamente, debido al carácter serrano y abrupto de la zona, el hábitat de los pastores se estableció en altura, alejado de las zonas de piedemonte, constituyendo con ello un concepto muy particular de forma de vida en todos los aspectos. Dicha forma de vida tenía como fundamento la producción de queso procedente de la leche caprina verata. Todo este concepto vital va originar desde finales del siglo XIX y, sobre todo, a partir de principios del siglo XX un contexto cuyas manifestaciones culturales dejarán una importante huella arquitectónica, que, unidas a las propias de la cultura inmaterial, son las que ha recogido nuestra investigación y se exponen en síntesis aquí. Esta cultura se extinguirá hacia mediados de los años 80 del siglo XX, cuando la normativa estatal para la producción de queso exija una serie de medidas

sanitarias que no era soportable por las formas tradicionales de producir el queso que se habían llevado a cabo hasta ese tiempo.



Fig.12. Situación en el paisaje de la garganta de Tejea de varias majadas de cabreros.
1.Majada del Collado del Fraile Cimero. 2.Majada de Braguillas. 3.Majada de Rovicente.
4.Majada de Yedreros.

En ese momento y por esa razón (también por las oportunidades que ofrecía el desarrollo de España), la actividad pasó a ser historia, pero dejando en el paisaje una huella que actualmente se puede decir arqueológica en lo relativo a los hábitats y sus arquitecturas. Únicamente sobrevivieron algunas majadas, muy pocas, pero ya casi únicamente dedicadas a la producción caprina y en todo caso a la venta de la leche, transportándola en vehículos a motor hasta Candeleda. Estas majadas, hoy habitadas por familias de una cierta edad, cuyos hijos han enfocado sus vidas a otros trabajos, cuentan con algunas —solo algunas— de las comodidades de nuestro tiempo, pero sobre la base de lo que fueron. Están destinadas a desaparecer en breve y a sumarse al proceso arqueológico que todas las demás han seguido en décadas anteriores.



Fig.13. Majada actual del tío Jacintón. Garganta Lóbrega.

IV. Los cabreros y su logística

Como ya hemos señalado, el propietario de las estribaciones de la cara sur de Gredos en el término de Candeleda era el propio ayuntamiento del municipio, por tanto, era el que tenía que autorizar cada asentamiento. El cabrero solicitaba por tanto establecer un asentamiento localizado donde establecerse y el ayuntamiento, mediante un funcionario municipal encargado de ello, llevaba a cabo una visita al lugar propuesto. A continuación, si no había impedimento, se tramitaba la autorización correspondiente. Con todo ello, con el ayuntamiento como organizador de los asentamientos, pretendía crearse una cierta ordenación de los espacios serranos que permitiera con su explotación privada obtener recursos de carácter público, a la vez que garantizar la convivencia entre distintos cabreros. El cabrero obtenía así un permiso pagando al ayuntamiento anualmente según el número de cabezas de ganado que poseyera en su explotación.

La nueva majada surge bien por desplazamiento de un cabrero desde otra majada o porque se crea una nueva familia que precisa un establecimiento con el que ganarse la vida. Allí crecerán sus hijos, tras desplazarse la madre a la casa de sus padres para encarar el parto. Y allí estarán los hijos hasta que formen nuevas familias y se.

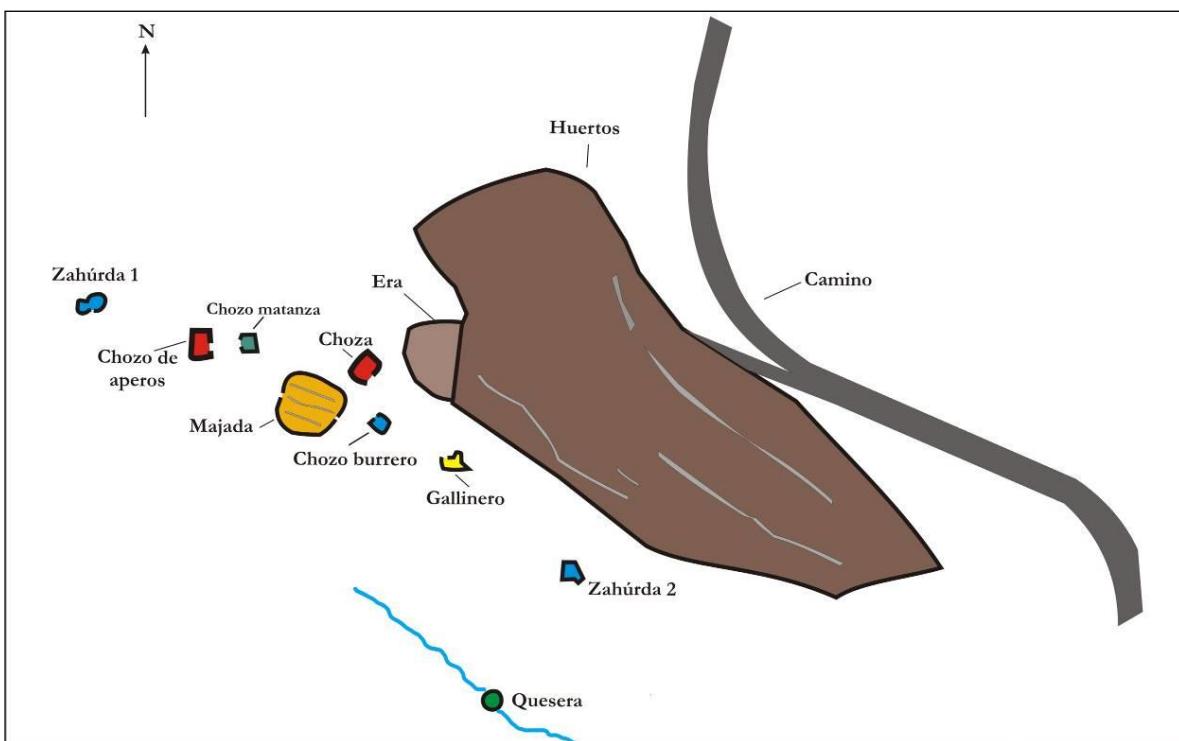


Fig.14. Esquema de construcciones de la Majada de Braguillas (Gta. de Tejea).

establezcan en la sierra o busquen nuevos horizontes bien en la emigración a lugares alejados o más cercanos, ligados a la explotación agraria. Todo dependerá de la valentía en asumir riesgos fuera de lo conocido, de las oportunidades y de otras varias circunstancias que lleven a dejar la dureza de la vida pastoril por algo mejor. A pesar de lo rentable que resultaba para los cabreros la producción de queso, la calidad de la vida se iba mermando a medida que los elementos más jóvenes conocían la existencia de otras posibles oportunidades y también de la precariedad en acertar con el establecimiento de nuevas majadas, estando los sitios mejores ya ocupados desde tiempo atrás.

La logística del cabrero se basaba en crear una unidad esencial o asentamiento base, que llamaban *la majada*, y otras menores y subsidiarias, denominadas *puestos*, que implicaban a partir de la primavera el desplazamiento del cabrero con su familia o solo con su rebaño, en busca de los pastos favorables a más altura ya que iban agostándose en terrenos más bajos a medida que avanzaban en la zona las estaciones de calor.



Fig.15. Majada de Braguillas (Garganta de Tejea), reconstruida fielmente en todos sus elementos.

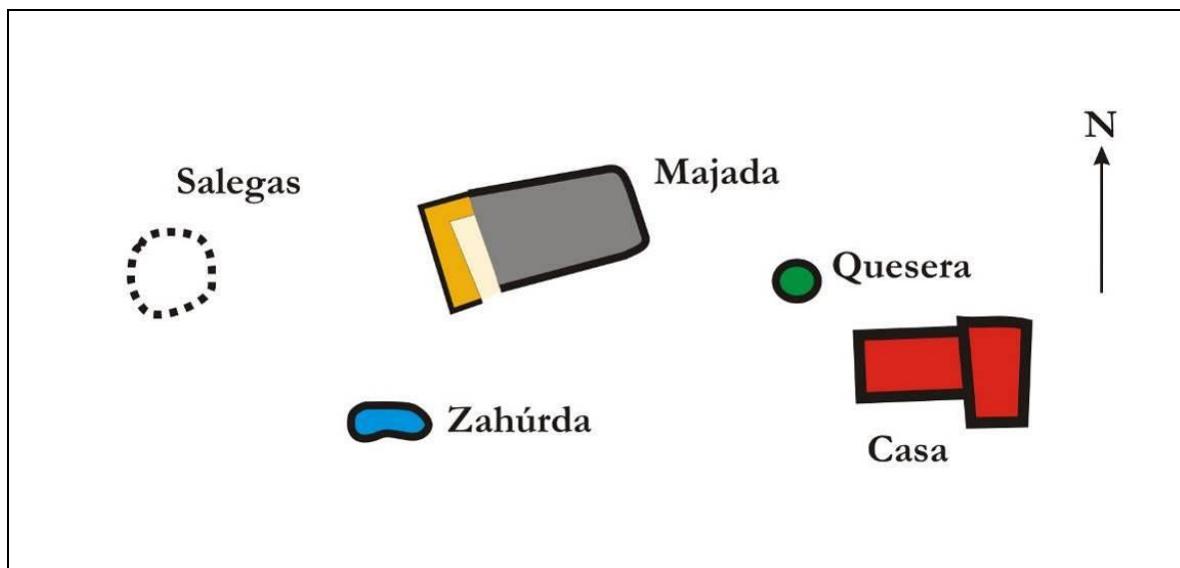


Fig.16. Esquema de la Majada del Boquete (Garganta de Tejea).

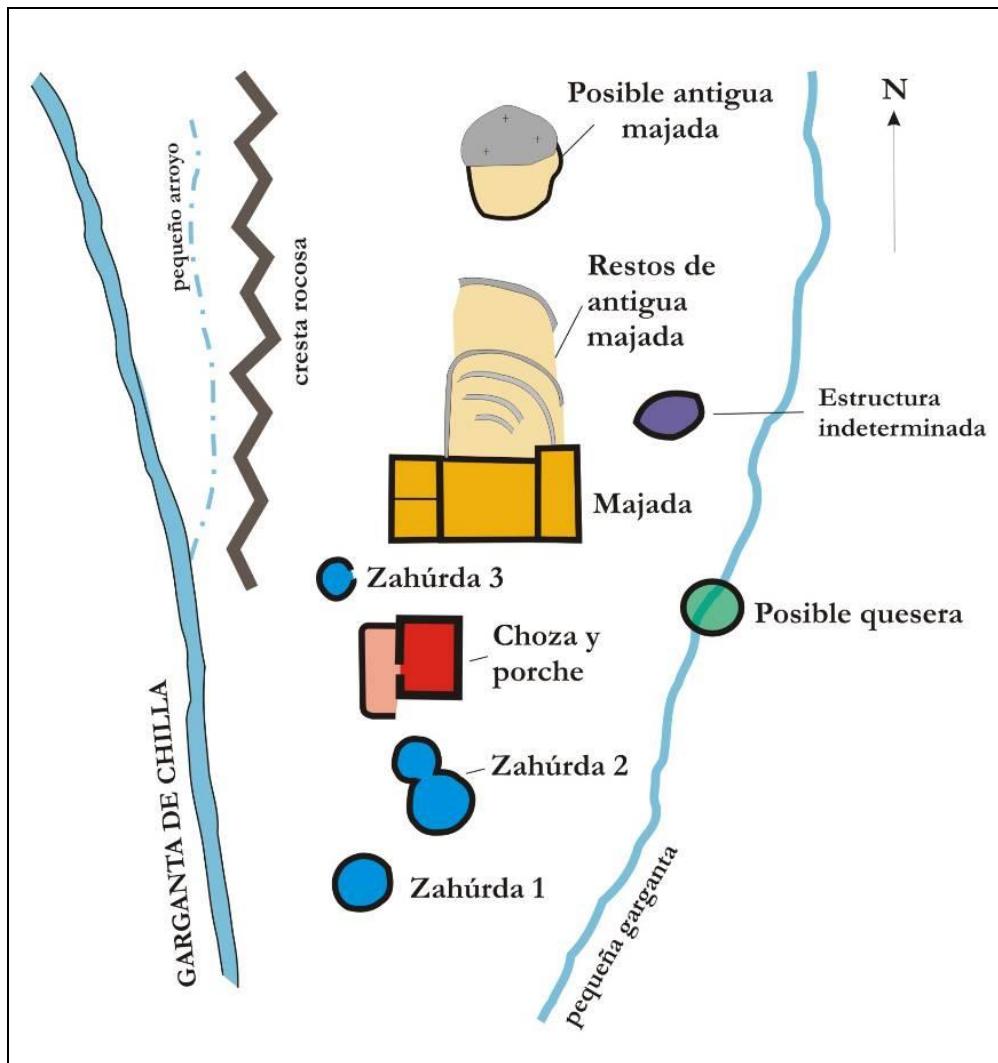


Fig.17. Esquema de la Majada de la Lanchosa (Garganta de Chilla).

Algunos pastores tenían majada de invierno, puesto de primavera y puestos de verano. El cometido diario era buscar para su rebaño la comida necesaria allí donde la hubiera, por lo que todo se organizaba a ese respecto. El rebaño era siempre lo más importante por ser el modo de vida que garantizaba su subsistencia. Los cuidados máximos para el ganado eran lo fundamental, puesto que, si fallaba, se venía completamente abajo su organización económica vital, algo que implicaba su ruina.

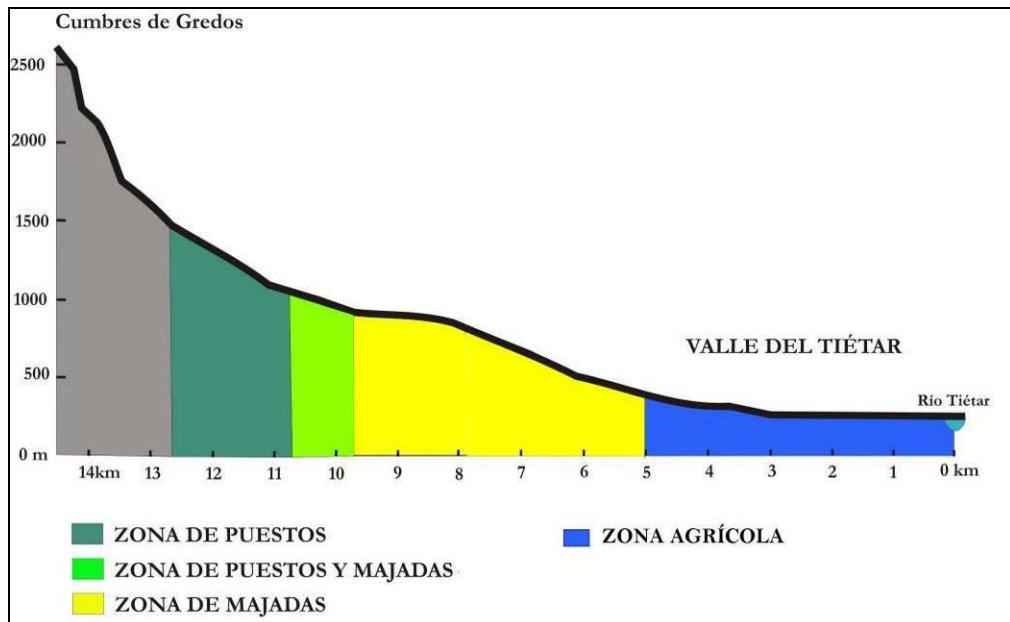


Fig.18. Disposición de las majadas y los puestos en el perfil topográfico serrano.



Fig.19. Majada de Eusebio Marica. Zona del Jornillo. (Garganta de Tejea). Choza y majada de las cabras.

Entre la majada y el puesto de verano había una diferencia sustancial: la majada tenía todos los elementos necesarios para garantizar la vida autónoma de una familia, sin embargo, el puesto tenía solo lo estrictamente necesario para el resguardo nocturno del cabrero y su rebaño y lo estrictamente necesario que iba con

ellos durante el desplazamiento temporal. Vamos a exponerlo con más detalle a continuación.

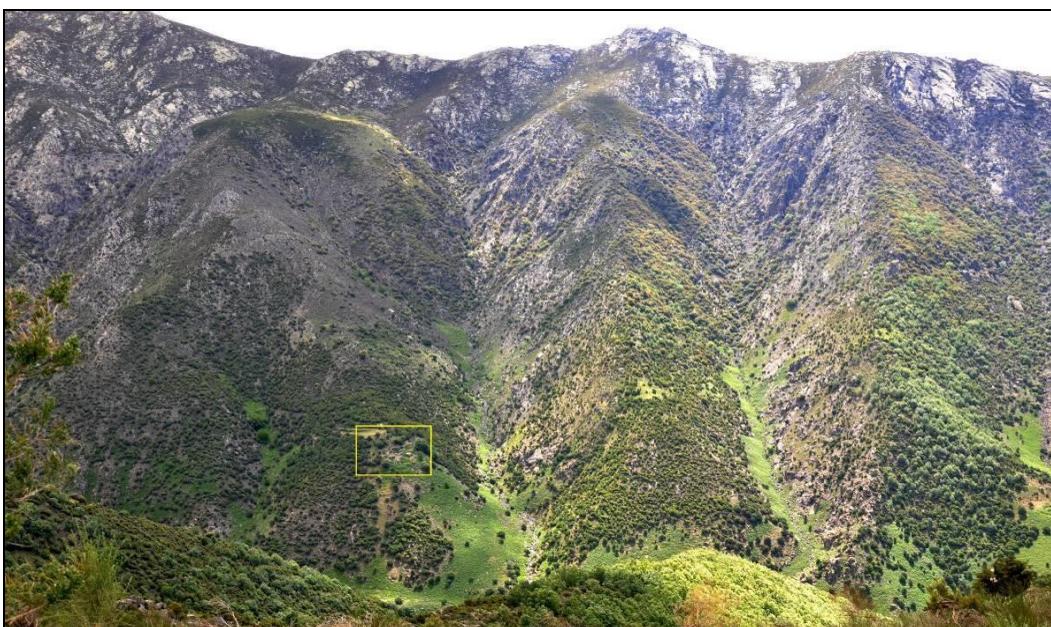


Fig.20. Majada del Boyo (Garganta Lóbrega).

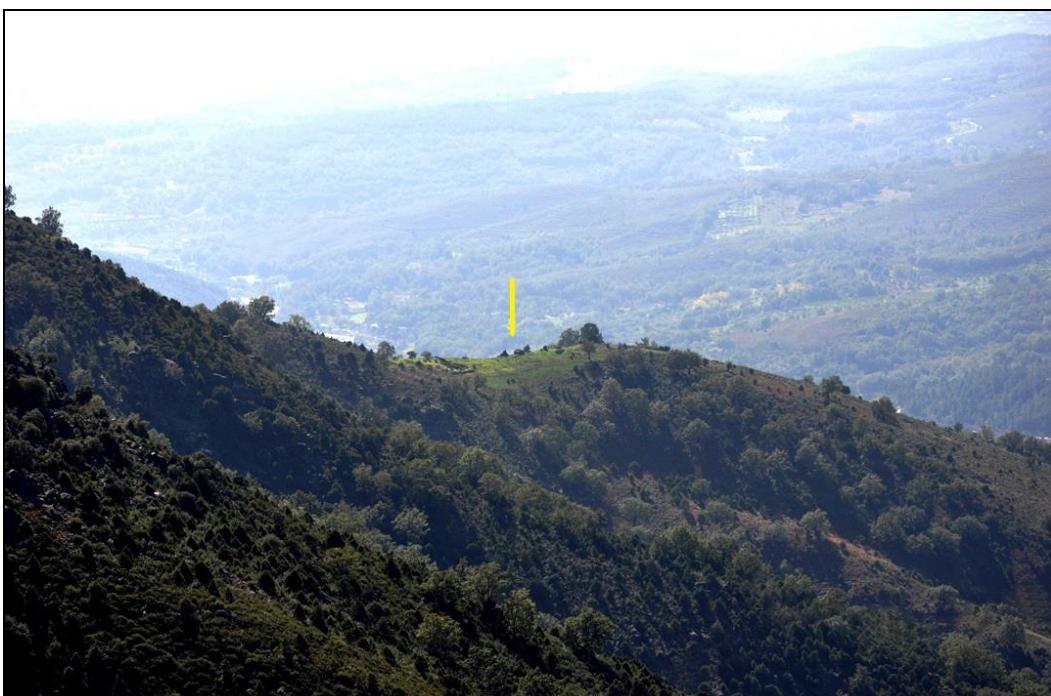


Fig.21. Majada de Braguillas (Garganta de Tejea).

Con la denominación de *majada* se entendía el establecimiento de una familia con todos sus miembros en un determinado lugar que elegían favorable. La majada implicaba una serie de construcciones que garantizaban la vida personal y económica de la familia que la habitaba. La majada se construía como reflejo de los

gustos, la destreza y la inteligencia del pastor y su familia. Podía estar al lado o muy cercana de la garganta principal, en la vega de inundación del antiguo cauce fluvial, ahora más débil y encajado que lo fue en tiempo muy remoto.



Fig.22. Majada del Robleillo (Garganta Lóbrega).

El lugar era elegido a salvo de riesgos posibles por crecidas exageradas que pudieran darse muy ocasionalmente. También se elegían las zonas de confluencia de una garganta tributaria con la principal, donde se hubiera formado una pequeña vega u otro punto favorable. De esta forma, el cabrero y su familia se garantizaban el acceso al agua mediante la cercanía de un cauce. Tanto en una como en otra posibilidad —majada o puesto— el acceso al lugar era favorable. Pero esta elección en la vega no era el hábitat más generalizado. Muy frecuentemente el cabrero elegía puntos más escarpados, tanto en cuanto al acceso como al establecimiento del propio hábitat. En este sentido se elegían rellanos sobresalientes de la ladera, puntos en laderas escarpadas e incluso muy escarpadas, que sorprenden por su aparente incomodidad. Posiblemente, en algunos de estos casos la presencia de un manantial fue el condicionante esencial de la elección. No hay que olvidar que la presencia de agua era necesaria no solo para la vida doméstica de personas y animales, sino también para la económica, ya que la producción de queso exigía la existencia de un manantial para el establecimiento de la quesera. A la vez, se buscaba también el abrigo en la ladera, que también sería muy útil para personas y animales en el invierno serrano, por más que se tratara de la cara sur de la sierra.

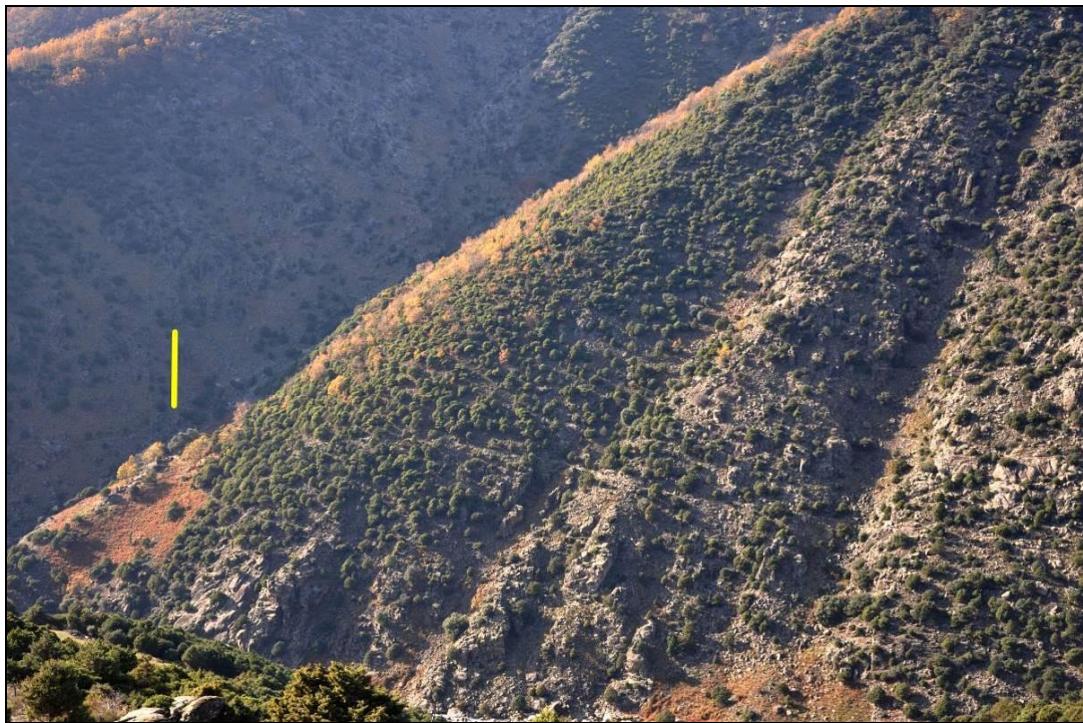


Fig.23. Majada de la Quebrá (Garganta Lóbrega).

A lo largo del tiempo, pero en concreto a partir de los años 60-70 del siglo XX estas majadas de los cabreros conocerán una evolución importante que afectará, sobre todo, a la llamada hasta ese tiempo *choza* y también a la propia majada para las cabras. La *choza* en concreto dejará de serlo para constituirse en una casa. Tanto en ella como en la majada para las cabras los tejados vegetales se convertirán en tejados compuestos de tejas, lo cual ahorrará el necesario mantenimiento anual con piornos que precisaban garantizando también una mayor impermeabilidad. Debe entenderse este cambio como la adaptación a la nueva realidad rural de España en ese tiempo, que conocerá un cambio a mejor, sobre todo, de las estructuras dedicadas a la habitación de las personas. Por esta razón las majadas que llegaron hasta el fin del fenómeno se parecían más a las viviendas rurales de ese tiempo, que lo que se habían parecido antes, limitadas a ser chozas con toda la propiedad de esa palabra.

La majada se componía de una serie de construcciones que son necesarias para la organización autónoma de la vida de toda la familia. Constaba de los siguientes elementos:

La choza. Era el lugar donde vivía las personas que integran la majada. Como hemos señalado anteriormente, hasta los años 60-70, incluso en algunas residuales también después, la choza era una construcción muy elemental de planta rectangular, en una superficie de 7 a 9 m², levantada en mampostería muy básica. Al interior, la mampostería se enfoscaba con una mezcla de boñiga de vaca o del asno y barro, sobre la que se daba luego un enfoscado final solo de barro. Esto evitaba la penetración del frío al interior y le aportaba algo más de calidez al interior de la

choza. No tenía ventanas al exterior. El tejado lo constituían piornos bien entrelazados y cascaras de corteza de robles sobre una base de tablas (*rachones*) y



Fig.24. Choza fielmente reconstruida en la Majada de Braguillas. (Garganta Tejea).

culminados, si era tejado a dos aguas, por una cumbreña con fragmentos curvos de tronco de roble y lanchas de piedra sujetando los piornos para que no se los llevara el viento. En el interior no hubo compartimentos hasta más allá de la mitad del siglo XX. Todo era un habitáculo continuo donde cocina y dormitorio eran el mismo

espacio con diferente función. En un extremo estaba el hogar (*la tiznera*), consistente en unas piedras bien colocadas para que contuvieran y concentraran las brasas del fuego. Para evitar que las llamas del hogar llegaran al techo y se incendiara, la pared



Fig.25. Hogar de la choza en la majada de Braguillas antes de su reconstrucción (Garganta Tejea).

en ese lado, que era uno de los lados más cortos del rectángulo, constaba, a media altura, de una o dos lanchas embutidas en la pared y ligeramente adelantadas en voladizo que frenaban las llamas. Concretamente en esa zona el suelo era parcialmente de lanchas de granito. En torno a este hogar se situaban los tajos para sentarse al fuego. Había tantos como habitantes en la majada. Eran tajos de tres patas sujetando una tabla plana.

En una o dos paredes interiores había respectivamente una o dos pequeñas hornacinas cuadradas, llamadas *ventanillos*, donde se colocaban algunos recipientes especiales, el resto colgaban del techo o estaban en alguno de los rincones propicios de la choza. Según la animosidad del cabrero para acondicionar el interior de la choza, constaba de un pavimento generalizado de lanchas planas de piedra. Si no era así, el suelo era de barro apisonado. Cuando llegaba la noche, después de estar toda la familia alrededor del fuego, se extendían los jergones compuestos de hojas de maíz sobre una estructura de madera de roble sustentada



Fig.26. Ventanillo en la choza de la Majada de La Jiruela (Garganta de Chilla).

por horcas de madera que impedían el contacto directo con el suelo de la choza. Allí dormía cada noche la familia, acomodados como podían en un espacio tan exiguo, con las brasas del fuego como forma de calefactar el espacio. Indudablemente era una forma de vida más propia de otro tiempo muy lejano que del siglo XX, incluso cuando se trataba de majadas habitadas ya avanzado el siglo, como fue el caso de

la de Braguillas con la familia Garro Chinarro⁵, compuesta por el matrimonio y sus cinco hijos. Como ya hemos señalado, a partir de los años 60-70, sobre todo en los puntos más accesibles, la choza se convirtió en una casa con diversos compartimentos, habitualmente construido con muros de adobe o entablamentos. Los tejados dejaron de ser de piornos para ser de tejas. Con todo ello, la vivienda mejoró notablemente y con ello la calidad de la vida interior de los habitantes de la majada.

Aunque lo descrito anteriormente puede decirse que era la forma básica, en algunas majadas había una estructura aneja a la choza que constituía una cocina exenta, muchas veces al aire libre. Allí se cocinaba siempre que fuera posible, dejando la choza, con su hogar correspondiente, solo para comer, para estar al lado del fuego y para dormir.



Fig.27. Choza con dos compartimentos de la majada de los Carneros, en el arroyo de la Vejiga.

En algún caso hemos reconocido la existencia de un horno bien construido con ladrillos, piedra y barro que servía para hacer el pan.

⁵ Agradecemos a Santos, Constancio, Gregoria y Gerardo, hijos de Deogracias Garro y María Chinarro, habitantes todos de la majada de Braguillas hasta los años 40 del siglo XX, su cordialidad y amabilidad por todas las informaciones recibidas para completar nuestra investigación, como también para la reconstrucción de lo que fue su hogar infantil y juvenil durante dos décadas en dicha majada. Esta majada fue reconstruida con financiación de la Diputación de Ávila para dejar constancia y explicar la vida de los cabreros de la zona.



Fig.28. Horno en la Majada de la Vega de la Zarza 2 (Gta. de Chilla).

La majada de las cabras. Se construía aprovechando un resguardo favorable del terreno que protegiera al rebaño del frío y, sobre todo, de la lluvia, puesto que las cabras, aunque pueden soportar el frío, la lluvia las incomoda mucho. Por el necesario abrigo, se elegía un lugar en pendiente con el fin de organizar más fácilmente dentro los diversos escalonamientos en terraza construidos en mampostería simple, que servían de protección ambiental complementaria a las cabras durante la noche. Era un espacio circular o cuadrado/rectangular con cubierta perimetral de piornos (*la enramada*), dejando el interior abierto (*el berengón*). Su superficie estaba en relación con la cantidad de cabras del rebaño.



Fig.29. Majada de las cabras reconstruida de la Majada de Braguillas (Gta. de Tejea).



Fig.30. Majada de las cabras de la Majada de Braguillas. Interior.

La quesera. Con la choza y la majada de las cabras, estaba también la quesera como elemento indispensable en el asentamiento. Siendo el queso el objetivo productivo, el lugar donde se obtenía y se guardaba tenía que ser una estructura necesaria e importante. La quesera o queseras (algunas majadas tenían dos) estaban siempre al lado de un manantial o de pequeño curso de agua, que a menudo eran las gargantas tributarias de la principal. Solía ser una construcción circular, de diámetro reducido (2-3 m como mucho) al lado mismo del curso de agua e incluso, si era un manantial de curso débil, en medio de este, de forma que la humedad del agua contagiara a todo el interior. El queso en su producción y desde su producción hasta ser transportado a los puntos de recogida normalmente el lunes de cada semana, debía permanecer durante dos o tres días en un ambiente de humedad suficiente para que se conservara fresco. Por tanto, dentro de la quesera se guardaba durante los días de reposo junto con los utensilios para su producción, como era una tabla (*el exprimijo*) con un canal perimetral por donde escurría el suero, deshidratando el queso antes de colocarlos en los cinchos circulares de esparto, donde tomaba la forma con la que



Fig.31. Quesera reconstruida fielmente en la Majada de Braguillas (Garganta de Tejea).

se iba a transportar. Allí dentro también estaban los recipientes donde se recogía el suero que se echaba a los cerdos, perros y el burro, para los que constituía un alimento y un manjar. La quesera se cerraba en su altura mediante un tejado generalmente cónico, recubierto de piornos entrelazados sobre un entablamiento que lo sostenía.



Fig.32. Quesera de la Majada del Castaño (Garganta Lóbrega).

El chozo burrero. La necesidad de transportar cada semana a Candeleda o a algún otro punto cercano los quesos producidos durante la semana, implicaba la necesidad de tener un animal para el traslado. Solía ser un asno, animal más barato que un caballo. El asno se convertía así en un elemento indispensable que había que cuidar con celo, de ahí que tuviera una choza para él solo en la que se refugiaba en los momentos más crudos del invierno. Era pequeña y servía simplemente para su resguardo en el tiempo necesario de estar a cubierto.



Fig.33. Chozo burrero fielmente reconstruido de la Majada de Braguillas. (Garganta de Tejea).

Con todo lo anterior había una serie de estructuras complementarias que servían para el mantenimiento de la vida en la majada tales como:

Las zahurdas (Sajurdas). Albergaban a los cerdos, indispensables en la dieta de los habitantes de la majada. Solían ser varios, puesto que se criaban algunos más para venderlos. Una zahurda en concreto era para la cerda madre y otra para las crías que se engordaban durante el año, sacrificándolas en invierno. Se trataba de estructuras, compuestas de dos espacios, rectangulares o circulares, uno más pequeño, techado, donde se cobijaba si era necesario y otra descubierta y más grande que llamaban *el corral*, donde podían salir, aunque con poco espacio.



Fig.34. Zahurda reconstruida fielmente de la Majada de Braguillas (Garganta de Tejea).

Los cerdos no siempre permanecían encerrados en la zahurda. Podían estar fuera e incluso en tiempo de la caída de las bellotas de los robles que no estaban inmediatos a la majada, algunos cabreros los dejaban un tiempo en una zona cercana donde hubiera robles, construyéndoles una rudimentaria zahurda para cobijarse si les era necesario. Ello implicaba que durante unos días el cabrero o uno de sus hijos tenía que acompañar a los cerdos hasta que estos tomaran la costumbre de comer por el día las bellotas de los robles y refugiarse por la noche en la zahurda.

El gallinero. Era una pequeña estructura circular o cuadrada/rectangular donde las gallinas dormían al ponerse el sol y ponían los huevos.



Fig.35. Gallinero fielmente reconstruido en la Majada de Braguillas (Garganta de Tejea).

Chozo de la matanza. Era una construcción en mampostería de tamaño variable, rectangular o redonda donde se secaban/curaban los productos de la matanza anual de cerdos.

Chozo de los aperos. Solía haber una construcción donde se guardaban los diversos aperos necesarios para los trabajos en la majada. También para acumular leña para el fuego.

El huerto. Cada majada contaba con un huerto que podía estar muy cercano al conjunto de construcciones o a una cierta distancia. Solía tratarse de bancales ganados en la ladera donde se cultivaban, sobre todo, las necesarias patatas, garbanzos y carillas (un tipo de alubias), tomates y pimientos y además, trigo y cebada en cantidades pequeñas, que, junto con los productos de la matanza, eran la base de la alimentación para los miembros de la majada.

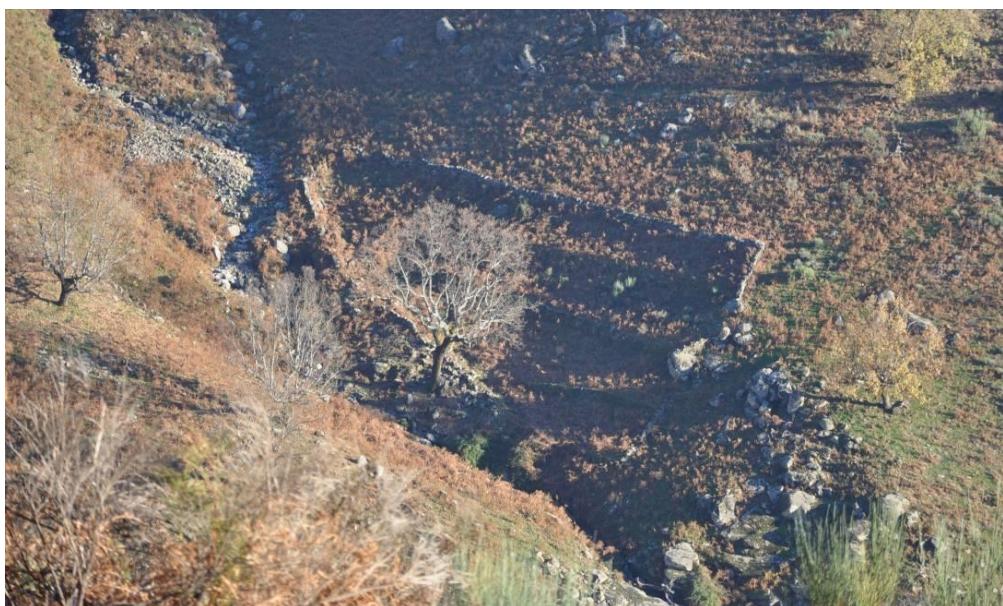


Fig.36. Huertos abancalados de la Majada del Tejito (Garganta de Chilla).

Con ellos había también algunos árboles frutales, entre los que no faltaban las higueras y algún castaño, cuyos frutos aportaban importante energía al cabrero en su trasiego diario por las laderas empinadas de la sierra. Como en los productos de la matanza, si se producían excedentes lo cual dependía del éxito de la camada anual de cerdos, la familia vendía algunos de los productos de la tierra para hacer frente a determinadas necesidades inmediatas, como la compra de ropa, calzado, herramientas...etc.

Todas las estructuras mencionadas eran, puede decirse así, de obligada existencia en la majada, porque sin ellas no era posible tener debidamente organizada la vida en el modo predeterminado en que se concebía. Pero además de las citadas había otras construcciones menos normativas que el cabrero construía en su día a día. Por ejemplo, los chiveros, que eran pequeñas estructuras con poca inversión de esfuerzo, donde se aislaba a la cabra y a su cría recién nacida durante unos días o por alguna otra circunstancia, a los chivos solos con objeto de suministrarle comida y aislamiento hasta que pudieran integrarse en el rebaño. También se construían pequeños cobijos para las noches invernales destinados a los perros que acompañaban al rebaño y hacían compañía al pastor. Ante cualquier necesidad puntual se construía una pequeña estructura simplemente alineando piedras y haciendo un breve alzado, cubriendola o no con una cobertura vegetal que servía para una determinada contingencia durante un tiempo, quedando después abandonada o reutilizándose sus piedras en otra de igual calidad y oportunidad.

Dentro de este apartado de estructuras estaban también las llamadas *alegas*, corrupción lingüística de *salegas*, de sal. El cabrero suministraba sal a las cabras que la consumían con avidez produciéndole la necesidad de beber agua y de comer, con lo que no solo engordaban más, sino que revertía en una producción mayor de leche y, en consecuencia, de más quesos. Las alegas constituyan una construcción muy simple, compuesta de piedras con una superficie visible plana, que podía ser construida al efecto o aprovechada del roquedo por circunstancias favorables.



Fig.37. *Salega* del puesto de la Vega de la Covacha y cazoletas talladas en la roca para comederos de los perros en majada de Braguillas. (Garganta de Tejea).

También había lugares donde se extendía el suero para que los bebieran los animales. Los perros solían tenerlo en unas pequeñas cazoletas talladas en la roca a la puerta de las casas, donde también se les echaba de comer también otro tipo de alimentos. A los cerdos se les ponía en una roca favorable, con algún tipo de talla e incluso en recipientes.

Lo que eran construcciones estaban levantadas en mampostería normalmente de calidad muy básica, a veces utilizando piedras de gran tamaño que eran movidas por los cabreros a base de palancas de madera. Lo hacían solos, con la ayuda de familiares o de los habitantes de otras majadas vecinas con los que se daba la solidaridad recíproca en caso de necesidades, garantizándose así con ello un círculo de afectividad, vecindad y el fortalecimiento de las relaciones entre majadas, que implicaba descartar tensiones por competencias u otras razones. Precisamente el asunto de la buena vecindad y de la ayuda recíproca era frecuente en el periodo de matanzas, donde se decía que la matanza debía terminar con baile, de lo contrario los chorizos no saldrían buenos.



Fig.38. Comedero tallado en el tronco de un árbol y serón de mimbre para el transporte sobre caballerías.

V. Los puestos de verano. Movimientos anuales en busca de pastos frescos

Las tierras del sur de Gredos, por ser más bajas, al contrario de las que quedan al norte, tienen una temperatura media más elevada, de forma que algunas estaciones conocen el adelanto de un mes sobre las tierras del norte. La diferencia de temperatura hace que en dicha zona sur no solo se adelante el verano con todos sus factores, sino que las temperaturas en los meses estivales sean considerablemente más altas, lo cual motiva un progresivo agostamiento que en dicha cara sur de Gredos va de sur a norte, relacionado con la ascensión en altura. Con el fin de alcanzar los pastos frescos que iban quedando y minimizar el trayecto diario del cabrero a dichos pastos, con el consiguiente regreso a la majada, éste cambiaba la majada como asentamiento base por otro, circunstancial, más cercano a los pastos

que necesitaban sus cabras. En ello el pastor iba solo o acompañado por familiares. La presencia frecuente en los puestos de queseras implicaba la compañía al cabrero de otras personas dedicadas a la producción allí de queso.



Fig.39. Puesto de Peña Caballera (Garganta de Tejea).

Cuando el pastor vivía solo en el puesto, intervenía la figura del lechero como colaborador necesario. Aproximadamente cada día un familiar accedía al puesto desde la majada principal con una caballería para recoger la leche ordeñada al rebaño, transportándola a la majada donde se hacía el queso. Era la oportunidad para llevar al cabrero los alimentos de su subsistencia. Si el cabrero vivía en el puesto con un familiar, fuera su mujer o una hija (solo ellas fabricaban el queso) el lechero bajaba las producciones a la quesera principal de la majada, desde donde cada lunes era llevada a Candeleda o Madrigal de la Vera, según cayera mejor la majada por la situación en unas u otras gargantas. La presencia o ausencia de quesera en un puesto dependía de si se fabricaba allí queso o se transportaba la leche a la majada principal.

El desplazamiento a los puestos le obligaba a construir una serie de infraestructuras muy básicas en las que vivir desde el fin de la primavera hasta el principio del otoño, en el que regresaba a la majada principal.

Como ya hemos dicho anteriormente, algunos cabreros construían una majada o puesto intermedio de primavera en sitios más altos respecto a la majada principal, a

la que se trasladaba toda o buena parte de la familia. Para entrado el verano ya, constituían uno o dos puestos en los sitios más altos que ya no tenían las características constructivas de una majada propiamente dicha. La majada intermedia de primavera, cuando el pastor ascendía a los puestos, servía de apoyo en los cometidos que precisaba (ordeño, fabricación de queso...) puesto que la lejanía de la majada principal no era operativa en un trasiego diario.

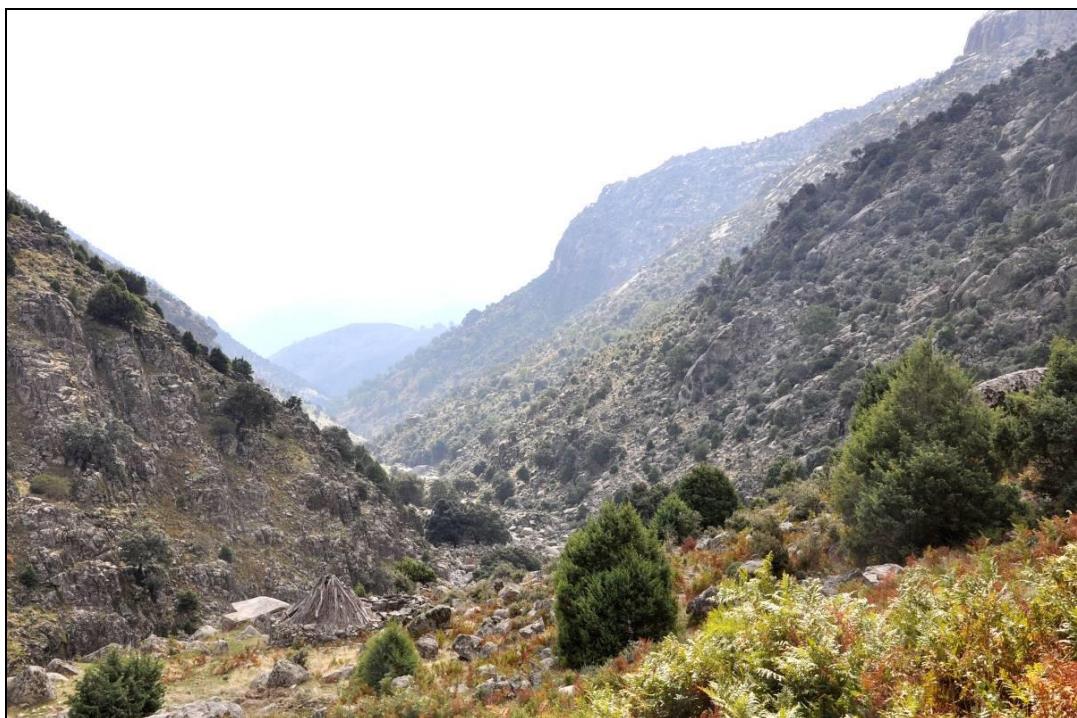


Fig.40. Choza del cabrero en el puesto de las Cabañas del tío Domingo (Garganta de Tejea).

El puesto es una imitación básica de la majada, con menos inversión de trabajo, porque no era necesaria, dado que se utilizaba durante menos tiempo, con lo cual no se precisaban determinadas inversiones.

En el puesto de verano, la majada de las cabras, la choza y la quesera, si la había, así como algunas estructuras menores, como los chiveros, eran las estructuras esenciales. Naturalmente, según la animosidad, la destreza, la inteligencia, la personalidad y el afán de estar mejor acondicionado el sitio, implicaba unas estructuras de mejor calidad en unos casos o muy toscas y elementales en otros. Precisamente este hecho hace que lo que ha quedado de ellos actualmente sean con frecuencia estructuras muy arruinadas debido a su calidad generalmente precaria, pero bien ilustrativa de la forma de vida de los cabreros en el tiempo estival.

El pastor no pagaba por la construcción del puesto, pero sí precisaba permiso para su ubicación concreta. Pagaba, como ya se ha señalado, únicamente por el número de cabezas de su rebaño.

La majada de las cabras del puesto, construida para el refugio nocturno del rebaño, reproduce en la esencia la estructura ya descrita de la majada principal, pero con una inversión de trabajo muy elemental. Se trataba de tener a las cabras cercadas y controladas en una estructura cercana al pastor donde este pudiera defenderlas en caso del peligro de lobos que merodeaban con mucha frecuencia en la zona.



Fig.41. Choza sobre abrigo y majada de las cabras en el puesto de la Vega del Toril (Gta. Lóbrega).

Construían esta majada igualmente que en la principal utilizando alguna pendiente del terreno y haciendo mínimamente un escalonamiento en terraza. La choza del pastor por su parte, constituye un asunto muy curioso de examinar debido a la variedad de posibilidades que hay, aunque todas dentro de un mismo concepto o esencia general: no se suele invertir –salvo notables excepciones– mucho trabajo en construirla. Algunos pastores construían puestos con buena inversión de trabajo, tal vez porque los acompañaban familiares en el desplazamiento. Otros lo hacían con una inversión solo suficiente para garantizar el descanso nocturno, que era de lo que se trataba y otros, invertían lo mínimo, resultando el puesto de una tosquedad que llama la atención y que revertía sin duda en menos comodidad para al cabrero. En este último caso resulta curioso observar como algunos construían una cerca elemental a propósito de un abrigo formado en una determinada roca, incluso, en ocasiones, se aprovechaba como refugio nocturno una grieta más o menos propicia de un roquedo, con la altura justa para estar tumbado el pastor, estableciendo allí su choza ocasional. Estos lugares, observados de uno en uno, muestran un singular primitivismo, sin duda más propio de lejanos tiempos de la Historia, incluso de la Prehistoria, que del siglo XX, mostrando dos realidades: por una parte, la curtida dureza del cabrero enfrentándose valientemente a una vida difícil con muchas

carencias y por otra, el grado de elementalidad que implicaba su vida en esos meses, que es una ampliación extrema de lo que ya se podía observar en la majada principal, como hemos visto en páginas anteriores.



Fig.42. Choza del cabrero del puesto de los Jijuelos (Garganta de Chilla).

Cuando se trataba de construir una choza se levantaba en mampostería generalmente muy básica una estructura circular de apenas 3 m de diámetro, con tejado cónico a base de entablamento a base de *rachones* de roble sobre los que se disponían piornos y también helechos verdes para dar frescor al interior, puesto que el uso era estival. Dentro de la choza había solo dos elementos fijos: una cama rústica a base de lanchas de piedra (suponemos que cuando se trataba de un cabrero solo) que, acondicionada con piornos, resultaba suficiente para el descanso.

No faltaba el hogar para el fuego, si se trataba de una choza simple, es decir si carecía de una prolongación descubierta a modo de porche, que fue bastante frecuente. Si había un hogar interior, siempre constaba de la habitual lancha adelantada en voladizo sobre la pared vertical para que no ardiera el techo, es decir exactamente igual que en la majada principal. Pero el hogar no siempre estaba dentro de la choza, a veces estaba fuera. Como hemos dicho anteriormente, muchas chozas tenían adosadas a la estructura principal, una especie de patio abierto (*la estanza*), con un banco corrido para descargar el cabrero el morral, para sentarse a cenar y al fresco de la noche, un hogar sencillo en el que poder cocinar y una zona con sombra vegetal (*el sulumbrajo*).



Fig.43. Choza del pastor sobre abrigo rocoso en el puesto de la Vega del Nebral 7 (Garganta de Chilla).

En los casos que implicaban un mayor esmero de determinados cabreros, la choza del puesto tenía, en su pared interior, también, como en la choza de la majada principal, la acostumbrada hornacina (*el ventanillo*). Ya lo hemos dicho: cada pastor funcionaba en la infraestructura del puesto de acuerdo con su inteligencia y su correspondencia con la destreza que derivara de ello para estar lo mejor acomodado posible él y su rebaño, a pesar de la provisionalidad que implicaba el desplazamiento.



Fig.44. Majada de las cabras y choza del puesto de primavera de la Cachana (Gta. Chilla).

La choza y la majada de las cabras estaban inmediatas. Incluso en algunos casos la choza era una estructura dentro de la majada, para estar el cabrero más cercano al rebaño, que siempre tenía que estar vigilado. La quesera, construida también generalmente con menos esmero que la de la majada principal, podía estar muy cerca o a una distancia prudencial, pero no lejos. Además de todo ello, como en la majada, había otras pequeñas estructuras para los chivos recién nacidos (*chiveros*), para el perro, como también alguna zahurda, todas ellas construidas muy elementalmente aprovechando la consistencia y el espacio de una roca propicia para invertir el menor trabajo posible.



Fig.45. Choza del cabrero con doble estanza en el puesto de la Vega del Nebral 14 (Gta. de Chilla).

Si el rebaño era de ovejas, menos frecuente siempre que los rebaños de cabras, la forma de guardarlas, sin más, era un redil hecho con piedras muy básico, sin buscar los escalonamientos más propicios para la piara de cabras. Muchos de estos pastores de ovejas y también, al parecer, algunos de cabras, apenas hacían construcciones, se limitaban a *dormir al jogueril*⁶ es decir alrededor de una hoguera. No construían una choza. Imaginamos que esto se daría más en los rebaños de ovejas, puesto que son un animal más dócil que la cabra, animal que por su idiosincrasia precisa de encerramiento.

⁶ *Jogueril* es una corrupción de hogueril, de hoguera. Dormían en el entorno de una hoguera.

VI. Las infraestructuras comunes

El establecimiento de majadas y puestos en la sierra y el consiguiente trasiego de los pastores y sus familias en el curso de las actividades que llevaban a cabo, exigía de una serie de infraestructuras para desenvolverse en un medio con tantas dificultades. Era preciso llevar a cabo la acomodación de los vados para cruzar las gargantas principales y también zonas de paso de las gargantas secundarias, construir pontones muy elementales, acondicionar zonas resbaladizas y crear trochas por las que discurrería con más comodidad el rebaño camino del destino diario fijado y el transporte del queso o en su caso la leche desde los puestos a la majada principal. Ello exigió un trabajo paulatino que ha dejado huellas muy curiosas todavía bien visibles.

La sierra está surcada de trochas estrechas que comunicaban puestos y majadas por las que discurría el pastor y los integrantes de la majada para llevar a



Fig.46. Trocha en la garganta de Chilla.

cabo sus tareas diarias y habituales, para comunicarse entre sí y para transportar el resultado de su trabajo con el queso. Con frecuencia las trochas son sencillas, pero estaban bien construidas, de forma que se garantizara su permanencia en los años. Las delimitaban piedras a un lado, las enlosaban donde era más necesario... Los cabreros, en tanto tiempo libre como disponían, solo conduciendo al rebaño, aprovechaban para ir acondicionando las trochas ganadas a la pendiente, haciéndolas más estables, más duraderas y garantizando con ello una mejor

circulación que convenía a todos. Para cruzar los cursos de agua menores colocaban dos troncos en paralelo como pasarela para cruzar el cauce. Los troncos iban de lado a lado o si el ancho del cauce así lo exigía, se apoyaban a mitad del hueco en un pilar de mampostería o sobre una roca apropiada dándole estabilidad al paso. Ambos troncos, se colocaban muy juntos situando sobre ellos lanchas de piedra a modo de pavimento para facilitar el tránsito. De esta manera las cabras, de una en una, acompañadas del pastor y los perros, iban pasando de un lado a otro del curso de agua de manera ordenada y segura.



Fig.47. Pontón en la garganta Lóbrega.

En ocasiones había zonas con lanchas inclinadas por la pendiente del terreno muy resbaladizas (piedras *afarizas*), si estaban húmedas o heladas. Eso constituía un peligro para el paso del ganado. El cabrero construía entonces un *pasil* para solucionar el problema. Consistía en crear una plataforma de nivelación a base de mampostería que implicaba salvar la lancha inclinada de piedra y obtener una superficie horizontal por la que no se resbalarían ni él ni las cabras en su discurrir por la trocha.



Fig.48. Pontones en gargantas tributarias de la garganta Lóbrega.



Fig.49. Félix Garro Retamal, pastor todavía en la garganta Lóbrega cruzando por un pontón.



Fig.50. Pasil en la garganta de Chilla.

VII. El queso, fundamento de esta cultura pastoril

El éxito en la producción del queso dio lugar a la cultura pastoril que aquí abordamos. Lo que empezó siendo una forma de ganarse la vida en forma de subsistencia, acabó siendo para muchos cabreros una forma rentable de vivir. Es verdad que exigía una vida dura y llena de carencias, pero también dio lugar a que muchos pastores (algunos aseguran que una parte importante de las más de cien familias que vivían de ello) obtuvieran dinero suficiente para emprender una nueva vida a mediados de los años 80 del siglo XX, cuando se dio por finalizada la actividad, debido a las nuevas reglas sanitarias que regían para la producción del queso que acabaron con la manera artesanal de obtenerlo en las majadas. Algunos cabreros nos han contado como en los citados años 80 y antes de eso un cabrero esforzado podía obtener unas 500.000 ptas. al año entre la venta de cabritos y de queso, lo cual les permitió al ceso de la actividad tuvieran ahorros para comprarse una casa aceptable en la que vivir, cuando hubieron de organizar una forma de vida al margen de la majada.

Para tener una economía pastoril verdaderamente rentable el rebaño debía constar de 100-150 cabezas, lo cual producía en torno a unos 40 quesos semanales. Pero es necesario hablar de los riesgos también, algo que nunca olvidan los pastores. Una epidemia de gripe, las mamitis de las cabras recién paridas, la gota e incluso un ataque de lobos... podía arruinar al cabrero, que debía empezar de nuevo, ya fuera con un crédito o tirando de los ahorros obtenidos. Esto era siempre una espada de Damocles que los pastores tenían sobre sus cabezas.

El queso se fabricaba en las queseras de la majada y en los puestos que lo elaboraban también. Era necesario hacerlo reposar dos o tres días para que tuviera la suficiente compacidad por deshidratación para que no se desmigajara durante el viaje al comprador. Cada lunes se llevaba donde resultaba más cerca para la majada productora. A Candeleda los cabreros de las gargantas de Santa María (Gta. Lóbrega y Gta. Blanca) y Chilla o a Madrigal de la Vera, los de la Garganta de Tejea/Alardos. Los primeros tenían que recorrer entre 6'5 y 8'5 km hasta Candeleda, estos últimos si el queso se llevaba desde un puesto. Si se llevaba desde una majada el recorrido era entre 6'5 y 5 km. Esto calculado en línea recta, con lo cual resultaba ser más porque las trochas buscaban siempre el mejor trazado, que no era recto. Si el destino del queso era Madrigal de la Vera o El Raso eran entre 10 y 7 km si era desde el puesto y 7 a 5'5 desde una majada. Significaba eso un viaje largo acompañando sierra abajo a la caballería tras una esmerada colocación sobre los aparejos del animal. Luego había que regresar, para volver al siguiente lunes con la misma rutina.



Fig.51. Queseras de los puestos de Tejamorena y Lanchalisa, en la garganta Lóbrega.

Cuentan los cabreros que el queso lo fabricaban las mujeres porque tenían la mano más pequeña y, sobre todo, fría, algo que tradicional y consuetudinariamente se venía considerando como un precepto para elaborarlo. Decían que una mano caliente no eliminaba correctamente el suero, cosa que era un impedimento para la debida consolidación de la cuajada, formándose en consecuencia huecos en el interior (*ojos*), que no debía tener el queso. Como en tantas otras acciones de esta zona y de otras muchas del territorio peninsular, la menstruación femenina era también considerado un peligro para hacer el queso, puesto que, aunque las manos estuvieran frías por ser de mujer, en esos días se producía una suerte de especial calor que era perjudicial para el queso, con lo cual debía hacerlo alguna otra persona o arriesgarse. De ahí que las niñas desde muy pequeñas tuvieran que aprender la faena.

VIII. Enfermedades, creencias y remedios

A pesar del primitivismo de la vida en las familias de los cabreros, esa vida estaba bien organizada para que cumpliera todos los estándares de una vida normal en un medio rural. Es cierto que la forma de vivir tenía unos componentes propios de un tiempo más atrás que el que se vivía, pero estaba tan organizada en su simpleza y sencillez que puede decirse que las familias llevaban con normalidad la vida diaria en un medio en el que en ese tiempo no era posible la vida de otra manera. En definitiva, era todo muy básico, pero garantizaba la vida, si bien, comparativamente y vista desde otro tiempo, puede resultar precaria, pero a juicio de ellos mismos y así nos lo han manifestado, vivieron aquel tiempo con alegría y con la resignación de que mientras tenía lugar no había otra forma de llevarla a cabo. Eso no significaba que en determinados momentos una parte de ellos concibiera otras alternativas mejores e hiciera lo posible por abandonar esa vida, sabiendo que podía aspirar a mejorar. De hecho, cuando ya no fue posible vivir en las majadas, lo fue por las nuevas normas sanitarias para fabricar el queso a partir de la evolución de muchas materias que vivía España en los años 80 del siglo XX, no por el abandono de la

actividad en sí a partir de sus supuestas penurias. Puede que muchos hijos de cabreros decidieran emigrar porque ya no había actividad para tantos, pero los que decidieron quedarse, a sabiendas de lo que les esperaba, se quedaron y solo lo abandonaron cuando la normativa sanitaria les conminó a ello. Incluso en los tiempos actuales, casi cuarenta años después, aún hay majadas en activo. Muy pocas, pero existen forzando su adaptación a los tiempos, pero en un combate que saben que en breve van a perder y que solo resistirán los que nacieron y siempre vivieron allí, pero no sus descendientes.

En ese ambiente de adaptación las familias de los cabreros tenían que enfrentarse a problemas derivados de la vida donde la llevaban a cabo. Algunos de esos problemas se solucionaban mediante remedios más o menos contrastados científicamente, otros sin embargo lo eran mediante creencias ancestrales que nada tenían que ver con la realidad. Por ejemplo, en este caso estaba uno de los remedios posibles contra las tormentas y sus peligrosos rayos. Una tormenta en el medio donde vivían era un serio peligro. No nos han relatado sucesos, pero estamos seguros de que los hubo, se recuerden o no. Un remedio que no era únicamente suyo era la protección, eran las llamadas *piedras de rayo*. Las *piedras de rayo* no eran otra cosa que hachas prehistóricas perdidas cerca de o en los antiguos hábitats prehistóricos cuyo acabado en fino pulimento (sobre todo en las llamadas en la terminología arqueológica *votivas*, por no ser funcionales dado su pequeño tamaño), con un filo bien aguzado, se interpretaban en el medio rural como provenientes de la cabeza del rayo, de tal manera que ese filo tan pulido era el capaz de rajear árboles o matar personas y animales. Al hallar estas piedras en medio del campo todo cuadraba para interpretarlas así, un rayo había caído alguna vez en esa zona dejando su *piedra* allí. Por ello, portar una de estas hechas implicaba para el que la tenía una protección contra las tormentas y sus rayos. Viviendo donde vivían los cabreros podemos decir que apoyarse en esta interpretación debía ser una forma de consuelo cuando se desataba una tormenta. Muchos pastores las llevaban en el morral. Si tenían más de una, cosa que se procuraba, se guardaban en la choza para proteger a los que allí se habían quedado mientras el pastor andaba por el monte.

Pero había soluciones para casi todo, por ejemplo, para la dolorosa picadura de escorpión estaba la hierba conocida como *Lágrima* (*Brisa máxima L.*); hervida mitigaba el dolor (Blanco Castro, 2015: 220). Con esta planta había otras muchas que servían a los cabreros de remedio. Podemos citar también el llamado *Calandrillo*, una especie de helecho muy pequeño que se cocía con la raíz y se le daba a beber a las mujeres después del parto para expulsar la placenta, algo que era extensible también a las cabras. Las cabras y sus enfermedades también tenían sus remedios, ya que, como hemos señalado más atrás, eran un bien que había cuidar por lo que se jugaban con ello. No solamente había que tener mucho cuidado

de que no comieran el garbancillo⁷, una planta muy similar a las del garbanzo, sino que era necesario tener listas algunas pociónes determinadas para cuando había heridas en los animales, como era el caso de *la miera*.



Fig.52. Roca tallada y grabada donde bubo un horno para la miera. Zona de Tejamorena (Garganta Lóbrega).



Fig.53. Horno para miera (exprimijo) en la garganta de Alardos/Tejea.

⁷ El garbancillo es una planta alucinógena si se consume en cierta cantidad. Las cabras que lo hacían parecían embriagadas, *se ponían modorras*, dando vueltas sobre sí mismas. El pastor lo advertía, le hacía un corte en una oreja o en las dos, sangraba y se le solía pasar, pero también podían morir de ello.

La miera era un remedio conocido en muchas zonas de España, algunas tan lejanas de Candeleda como por ejemplo en la costa levantina. Se trataba de destilar la resina del enebro, uno de los arbustos más abundantes de la zona. Se hacía mediante un procedimiento de cocción en un horno (Monesma, 2024), que podía ser también en un hoyo excavado en el suelo o construido rudimentariamente sobre una lancha de piedra inclinada; inclinada para que pudiera escurrir la resina destilada mediante unos canales tallados en la piedra para recogerse en un recipiente. En el paraje de Tejamorena, en la Garganta Lóbrega apareció uno de estos hornos, destruido, pero del que quedaba la lancha de base con sus canales grabados y su vaso de recogida de la miera⁸. Son conocidos más en la sierra e incluso en las zonas del piedemonte, la mayor parte de ellos ocultos ya entre la maleza, como el que hemos señalado de Tejamorena.

La miera se aplicaba, sobre otros usos, a las heridas abiertas en las patas de las cabras. Asimismo, se les aplicaba a los animales el líquido resultante de machacar y cocer una especie de piel amarilla que aparece debajo de la corteza de los robles. El gamón (*Asphodelus albus*) se utilizaba para curar las herpes y eccemas. Con todas ellas las había también que eran utilizadas con un sentido mágico o supersticioso, como *la ceborrancha* (*Drimia marítima*), planta muy venenosa de la que se decía que calmaba las hemorroides si se colocaba su raíz en forma de cebolla dentro de una bolsa debajo de la cama. Eran muchos los remedios naturales en un tiempo que no había entre los cabreros mucho acceso a los productos de farmacia, salvo que se tratara de una enfermedad grave con un diagnóstico médico.

La mayor parte de estas plantas, salvo que fueran muy propias de la zona, se han utilizado en buen parte de la península ibérica. La falta de medicamentos hizo que hubiera una larga lista de remedios venidos desde tiempo muy antiguo, cuya descripción excede a los límites de este trabajo. No hay que dejar de tener presente que acudir al médico era algo excepcional para las familias de los cabreros. Primero, porque al enfermo había que llevarlo a Candeleda o a Madrigal de la Vera, lo cual suponía ya por sí mismo un problema logístico y segundo, porque implicaba un gasto que no siempre era posible acometer. Con el tiempo, algunas majadas se acogieron a una iguala con un médico que hacía más fácil la gestión de determinadas enfermedades. Ante esta situación, es lógico que la familia recurriera, salvo gravedad, a los remedios tradicionales, como se venía haciendo de forma generalizada en el mundo rural.

Finalmente, en otro orden de cosas, citaremos una planta muy utilizada por los cabreros para teñir telas. Se trata de las bayas de una planta llamada *yerba*

⁸ La piedra basal de este horno, así como el lugar de Tejamorena, en la Garganta Lóbrega, fue descubierto y comunicado debidamente a la Junta de Castilla y León por Gloria Suárez García (Celadora Mayor- sur de la reserva de Gredos) y Mariano Hernández (celador de Medio Ambiente), funcionarios ambos del Servicio T. de Medio Ambiente en Ávila. A ambos agradecemos su valiosa información.

carminera (*Phytolacca americana* L), que daba a los tejidos un intenso color carmín o el uso del torvisco, que machacado y vertido en alguna de las pozas de la garganta atontaba las truchas.

IX. La vida cotidiana de los cabreros

No será exagerado decir que los cabreros estudiados vivieron durante más de un siglo en un ambiente más cercano a la prehistoria que a los tiempos reales a los que les correspondían. Algunos de los artefactos usados eran propios de tiempos posteriores, en eso podían distinguirse, pero por lo demás, en su ambiente vital de aislamiento respecto a los núcleos urbanos próximos, su vida diaria se parecía en casi todo a la de la lejana prehistoria en tiempo como el Neolítico y la Edad del Cobre. Esencialmente sus construcciones, por más que pudieran adoptar otras formas morfológicas, la forma de afrontar la vida fue en esencia igual. Para empezar, los niños no iban a la escuela. La escuela existía, pero los niños vivían en la sierra y no podían ir a la escuela. No fueron hasta avanzado el siglo XX, cuando ya era inexcusable que las nuevas generaciones no supieran leer o lo hicieran de una manera muy precaria. Los cabreros se daban cuenta de que el tiempo que ya se estaba viviendo y sobre todo, el que vendría imparable inmediatamente después, no podía tener jóvenes sin una mínima preparación con la que saberse manejar en la lectura y en determinadas operaciones aritméticas⁹. Todavía en los años 40 del siglo XX los padres habitantes de las majadas del sur de Gredos enseñaban a leer a sus hijos alumbrados por la luz del hogar o de un candil cuando se quitaba el sol y habían terminado sus labores de pastores. Lo hacían igual que a muchos de ellos, más atrás en el tiempo, les habían enseñado los suyos. Al calor y a la luz del fuego se juntaba la familia cuando venía la noche sentados en tajos de madera. Allí se aprendía a leer, se tocaba la bandolina y se contaban historias hasta el momento de descansar sobre los jergones extendidos para ello en el suelo, recogidos por el día para despejar el espacio. A la mañana siguiente el nuevo día era igual que el anterior. Después del desayuno generalmente a base de *sopas canas*¹⁰ (Méndez, 2017) se ordeñaban las cabras al amanecer y a partir de ahí cada uno sabía lo que tenía que hacer el resto del día hasta que llegara la noche y se volviera a repetir la escena en torno al fuego del hogar. En todo ello también los niños ayudaban según fueran siendo sus capacidades. Unos, por ser algo más mayores haciendo ya determinados trabajos, como cuidar a los cerdos, ayudar con el queso y otros simplemente cuidando a los que eran más pequeños y todavía no podían desarrollar una función, pero la estaban aprendiendo de ver a sus hermanos iniciarse en ellas.

⁹ Algunos pastores contrataban a alguien con capacidad de enseñar a leer y a las cuentas elementales. Así en la primera mitad del siglo XX en algunas majadas contrataron a una persona para que enseñara a leer a los niños de esa majada. Por ejemplo, esto pasó con Aquilino Garro Blázquez y sus hijos. Tuvo a una persona en su casa hospedada que enseñó a leer a sus hijos. A esta persona la pagaba, dormía y comía en su casa.

¹⁰ Sopa cana: en un caldero se hervía leche al que se le añadía un refrito de aceite, pimentón, agua y cuscurros de pan frito.

Nada que no se hiciera exactamente igual en la remota prehistoria. Siempre había trabajo que hacer, aunque se fuera pequeño, desde ayudar a escardar, a recolectar la cosecha de la huerta, a recoger castañas o bellotas de roble en este caso para los cerdos, sacar a los cerdos, recoger leña, estar al cuidado del fuego cuando se hacía la comida o cuidar de los hermanos cuando la madre iba cada lunes, hiciera el tiempo que hiciera, a Candeleda o a Madrigal a llevar los quesos producidos durante la semana... El buen funcionamiento logístico de la majada dependía de la eficiencia de los habitantes y en buena parte más de los que se quedaban cuando el pastor salía cada mañana para no volver hasta el anochecer. Él trasegaba por el monte el día entero envuelto en su manta si era invierno, pero los que se quedaban en la majada tenían mucho que trabajar. A veces había situaciones extraordinarias: nevaba en la sierra, todo se cubría de blanco, pero el rebaño tenía que comer también ese día. Cuentan los pastores que los días que nevaba el padre movilizaba a todos los miembros en una tarea solo propia de tales contingencias: alimentar a las cabras como fuera. Entones había que apartar la nieve y recoger tomillos para llevarlos y sacudir los árboles de la nieve para que las cabras pudieran comer. Un trabajo de nuevo duro, el de recolectar tomillos y otras hierbas, primero porque había que apartar la nieve buscando los tomillos u otras hierbas posibles, luego recogerlos y finalmente habían de llevarlos a la majada de las cabras pisando las nieve que había cubierto todo y en medio del frío que había traído y propiciaba la nieve. En ello trabajaban todos los que podían hacerlo, aunque fueran pequeños.

Hay que citar también que hubo momentos de la vida cotidiana con extraordinarias dificultades que no eran las habituales de la vida en una majada en medio de la sierra, con las dificultades propias que eso entrañaba. Por ejemplo, lo que se vivió en la majada de Braguillas donde habitaba la familia Garro Chinarro. No fue exclusivo de ellos, afectó a más majadas. Inmediatamente después de la Guerra Civil (1936-1939) tuvo lugar lo que se llamó el maquis. Guerrilleros perdedores de la guerra que no quisieron o no consiguieron salir de España, quedando refugiados como bandoleros en sitios donde podía ser difícil encontrarlos por las fuerzas armadas gubernamentales. No vamos a describir aquí como era la vida de los maquis, pero sí diremos que en la sierra donde operaban los pastores los había y necesitaban comer para subsistir escondidos, por lo que las majadas era un objetivo. Más de una noche la familia Garro Chinarro, con los padres y sus cinco hijos, hubieron de salir de madrugada de la choza que les servía de cobijo nocturno para refugiarse juntos en algún abrigo rocoso mientras pasaba lo que para ellos era el peligro. Los maquis les cogían comida y se marchaban. Pasaba así el miedo por unas semanas. Otras veces eran los lobos que acechaban al rebaño recogido en la majada de las cabras. Un ataque de lobos no se podía permitir. Por eso el pastor, también en el invierno, como lo hacía en verano en los puestos, dormía cerca de la escopeta para defender a su preciado rebaño, porque el rebaño, ya lo hemos dicho, era lo máspreciado, era la base de su modo de vida.



Fig.54. Recreación de la vida cotidiana en la Majada de Braguillas (José Muñoz Domínguez).

También había tiempo para la diversión. En las matanzas se daba la solidaridad recíproca entre majadas, de forma que se ayudaban unos a otros, ya fuera porque se trataba de familiares o por un asunto de buena vecindad que interesaba a todos (*hacer buenas ligas lo llamaban*). El trabajo se hacía más rápido repartido entre dos decenas de personas que podían juntarse en muchos casos para despiezar los cerdos y hacer los embutidos. El final se celebraba con comida y baile. El baile se hacía con guitarras, laúd y con acompañamiento de almirez, caldero y botella. Pasodobles y jotas (rondeñas y malagueñas) marcaban el ritmo. El baile no podía faltar. Era alegría y era también algo más para los jóvenes, porque para eso eran jóvenes. Precisamente la juventud tenía que hacer el uso excepcional de sus circunstancias propias de la edad: cada domingo que era posible se juntaban en una majada los jóvenes de varias majadas para relacionarse y para hacer baile. Eso sí ante la mirada en teoría atenta de los mayores de la majada anfitriona, en virtud del pacto entre todos los mayores integrantes del circuito. De estos días salían noviazgos y matrimonios y de ellos los hijos de las familias que daban a luz las mujeres en las casas de sus madres, como era la costumbre, más por operatividad y seguridad que por mera tradición. Pero no solamente era el baile lo que amenizaba

los contactos, también se entretenían a jugar al calvo, a acertar a un bote con tirachinas, a las santas... etc. Se trataba de dar salida a la diversión en todo lo que era posible según el sitio donde vivían y las posibilidades. Y después. Cada año estaba el día de la fiesta de la Virgen de Chilla, con la peregrinación de las gentes desde Candeleda y los pueblos próximos hasta la ermita, donde se congregaba numeroso público devoto y ávido de fiesta que muchas veces remataba con una corrida de toros en una plaza habilitada solo para ese día, aprovechando la disposición de los edificios asociados a la ermita.

La mayoría de edad de los miembros más jóvenes de la majada marcaba un punto de inflexión para algunos de ellos. El servicio militar solía ser la frontera. A la vuelta de él había que tomar una decisión porque quedarse en la majada no era posible para todos, puesto que era tiempo de casarse. O bien se fundaba una nueva majada tras una boda o el matrimonio recién instituido buscaba un trabajo diferente en otro lugar. Algunos casaban con maridos o esposas cuya familia vivía de otro modo, con lo cual se le abrían posibilidades de una vida distinta a la pastoril. La majada se mantenía con alguno de los miembros, los demás se marchaban. Paulatinamente, desde la segunda mitad del siglo XX, fue decayendo poco a poco la actividad que había tenido mejores tiempos, sin que significara la desaparición de los cabreros en sus majadas. Las nuevas posibilidades de trabajos diferentes, cerca o lejos, alentados por la oportunidad de disfrutar de otra vida en la que por ejemplo los niños asistieran a la escuela y estuvieran acordes con el tiempo en que vivían, fue minando poco a poco la vida de las majadas, llegando el punto de inflexión, oportunamente, cuando el Estado decretó las nuevas normas para la producción de queso. De esa forma, lo que estaba en decadencia paulatina terminó por desaparecer y con ello una cultura que merece ser recordada o por lo menos no olvidada en lo más posible, de ahí nuestra intención de aportar algo a su recuerdo con la ponencia plenaria de este I Congreso de Historia, Naturaleza y Tradiciones de la sierra de Gredos.

X. Nuestra investigación una reflexión útil para la interpretación arqueológica

Hemos dicho que el modo de vida de los cabreros en un tiempo tan relativamente reciente (hacia la mitad del siglo XIX hasta los años 80 del XX) fue de alguna manera un retroceso en el tiempo, en el que una forma de vivir, exigida por las circunstancias y el medio, se asemejaron más al tiempo prehistórico que al propio contemporáneo. Ante tal situación excepcional, como arqueólogos que somos, quisimos sacarle un partido adicional a nuestra investigación a base de observar determinadas huellas dejadas por los parámetros en el funcionamiento de la vida de los cabreros y compararlas con las que a menudo hallamos en las investigaciones prehistóricas cuando excavamos, por ejemplo, yacimientos de la Prehistoria Reciente. Aunque es un tema para abordar con más detenimiento, haremos aquí un

resumen de algunas observaciones que buscan provocar una reflexión entre los arqueólogos a la hora de interpretar situaciones halladas en el registro arqueológico. Lo hacemos desde nuestra particular perspectiva, con sus correspondientes presuntas ingenuidades, lo cual no significa que el lector de este apartado carezca de ellas y, por tanto, no precise de la reflexión que hemos buscado provocar. Nuestra posición a la hora de exponerlo quiere ser aséptica y básica, dejando a los conocimientos particulares y la intuición de los arqueólogos lectores la posibilidad de aprender algo de nuestras preguntas y reflexiones o de considerarse superadores de ellas. Por tanto, nosotros actuaremos aquí con toda sinceridad buscando que a través de un ejercicio de objetividad incidamos en las subjetividades de las sabemos se puede caer a la hora de hacer investigaciones arqueológicas.

La primera reflexión sobre la que se nos ocurre incidir es la de la elección del hábitat en altura y su significado a la hora de tal elección por una comunidad humana como fueron los cabreros. ¿Cómo lo hubiéramos interpretado de corresponder a yacimientos prehistóricos? No hubiéramos dudado de que se trataba de comunidades ganaderas, puesto que solo esa es la forma de aprovechamiento posible. Tal vez nos hubiéramos planteado, como así fue el caso de las majadas, si habría dentro de una economía claramente pastoril, también, pequeños cultivos agrícolas complementarios en lugares apropiados muy concretos, como complemento de la economía fundamentalmente ganadera. Sin duda esto lo hubiéramos considerado muy probable. Pero ¿qué hubiera llevado a una comunidad a establecerse a esa altura en el paisaje serrano y en esas condiciones de dificultad? ¿Tal vez habrían sido una comunidad de pastores empujados por otros recién llegados con vocación agrícola que ocuparon sus tierras, cominándoles por su inferioridad, a la montaña? ¿Fueron una etnia distinta que no fue capaz de entenderse con otra que explotaba las tierras del piedemonte más fáciles y más rentables?

A esta pregunta se le encadenaría otra relativa a los propios hábitats, en concreto de las majadas, de las que nos habríamos dado cuenta de que son más complejas que los puestos y por consiguiente veríamos en ellas una sospechosa diferencia de la que enseguida nos haremos preguntas. Hemos dicho en páginas anteriores que hay majadas al lado de cursos de agua estables (las gargantas mayores o menores) y también otros en sitios complicados, laderas empinadas, lomas con buena visibilidad del entorno... es decir hábitats que parecen responder a distintos cometidos o sujetos a diferentes necesidades. ¿Hubiéramos visto en ellos, tal vez, dos fases del poblamiento, una pacífica, sin conflictos, y otra, con inestabilidad, que llevó a establecer hábitats más fácilmente defendibles? ¿Hubo un problema detrás de esa evolución que lo motivó? Sin duda, la ausencia de murallas o cercas de algún tipo en ellos nos hubiera hecho dudar del posible carácter defensivo de alguno de ellos, como por ejemplo el caso de la majada de Braguillas, en el Raso de Candeleda. ¿Se podría sospechar una jerarquización en los asentamientos? ¿Buscaban el dominio

visual de su territorio? ¿Habría alguien tentado de ver unas jefaturas en esa supuesta jerarquización que ordenaba los asentamientos? La ausencia de enterramientos de prestigio no sería propicia para afianzarse mucho en esa posible idea. (Pero los arqueólogos a veces podemos buscar argumentos e hipótesis a estas ausencias).

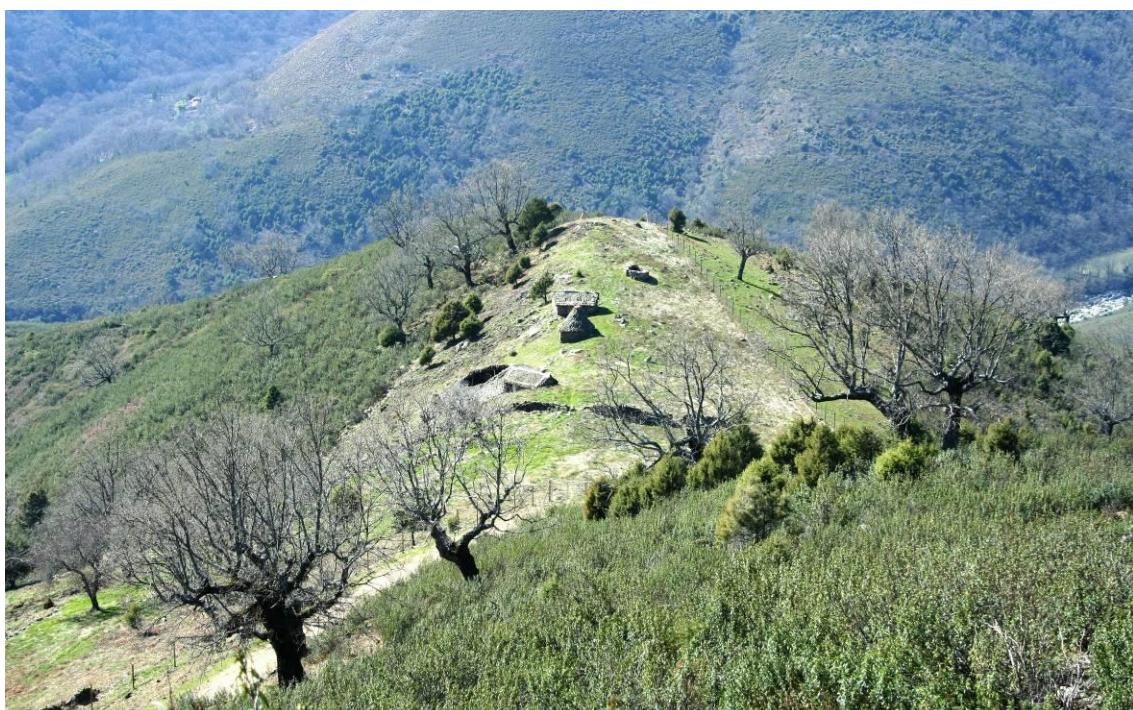


Fig.55. La majada de Braguillas, enclavada en un punto dominante del entorno.

Cuando excaváramos majadas y documentáramos en ellas diversas estructuras, ¿lo consideraríamos un poblado o una majada unifamiliar? Es cierto que algunas de las estructuras, como las zahurdas de los cerdos, la quesera o el gallinero no podríamos interpretarlas como cabañas, pero las otras estructuras que son muchas veces de una arquitectura muy similar nos llevarían a reflexionar. Naturalmente, un exhaustivo trabajo de análisis de todo tipo en majadas muy concretas podría avanzar mucho en la interpretación, pero hasta llegar a ello, quizás nos inclinaríamos por hablar de pequeños poblados en lugar de las majadas-granjas pastoriles que son, e incluso cuando hay dos majadas cercanas, sean contemporáneas o no, podríamos creerlas un poblado.

Hubiera dado para mucho más observar cómo las ocupaciones distinguen dos tipos de arquitecturas, las de las majadas y las de los puestos. La majada del pastor tiene una forma rectangular mientras que la del puesto es circular. No habría duda de que se trataba de cabañas por la presencia de hogares. Incluso cuando se trata de chozas en los puestos con dos estructuras asociadas en las que la no techada hace de cocina externa a la choza, veríamos con toda razón una arquitectura diferente. Ese indicador provocaría una alerta inmediata en los arqueólogos. ¿Dos momentos

distintos? ¿Uno evolucionó hacia el otro? ¿Dos grupos culturales distintos? Tratarse de un mismo momento con dos arquitecturas en la misma onda, pero con diferencias claras, complicaría más la interpretación. Puede que hasta investigar a fondo llegáramos a acercarnos a la interpretación correcta, pero costaría asumirlo de entrada, incluso avanzando en las primeras conclusiones de la investigación. Asumir que se trataba en ambos casos de culturas pastoriles no sería una dificultad, porque se observarían similares los parámetros principales, pero la diferente forma de las chozas del cabrero, serían un asunto que daría para varias hipótesis.

De no haber las evidencias en tiempo moderno que han delatado el sentido real del grabado relacionado con la fabricación de la miera de enebro en hornos sobre lanchas de piedra, como hemos visto en páginas anteriores de Tejamorena, ¿cómo hubiéramos interpretado esos grabados tan normativos tan repartidos por las zonas pastoriles de la península ibérica? ¿Hubiéramos querido ver tal vez una simbología femenina? Ciertamente, tarde o temprano puede que se le hubiera ocurrido a algún arqueólogo llevar a cabo análisis en las rocas donde aparece el grabado a partir de la frecuente cierta inclinación que presentan muchas de ellas para que se deslice el líquido de la miera. Si quedaba algo de lo que hubo capaz de aportar una pista, tal vez hubiera quedado esclarecido el asunto investigando en muchas más. Pero durante un tiempo estarían en boga teorías muy dispares a la realidad.

En relación con lo anterior, es cierto que la arqueología moderna incorpora a gran velocidad los avances de la ciencia en otras materias y cada vez se puede afinar más en las interpretaciones que antes se hacían sin tales precisiones. Por ejemplo ¿Cómo sería nuestra interpretación sin análisis de las llamadas *salegas*, donde sobre una serie de piedras agrupadas extendía la sal para que las cabras la chuparan provocando el deseo de comer más hierba y con ello engordar y producir más leche? Estas salegas no siempre están en la majada misma, a veces están en los alrededores. ¿Estaríamos tentados de ver elementos ligados al culto en ello? Para más cavilación pseudo ritual o simbólica podría dar algo que casi invariablemente vemos a la puerta de las chozas de las majadas: pequeñas cazoletas excavadas en la roca, entre una y cuatro generalmente. Allí los cabreros vertían una dosis del suero sobrante de fabricar el queso para que lo comieran los perros y también allí comían los perros los desechos de la comida. ¿Pero no estaríamos tentados (no sé si todos, pero sí algunos arqueólogos) de ver en ello algo ritual haciendo estadísticas sobre la orientación respecto a la casa de estas cazoletas (casi siempre en relación a la puerta de la choza, estando ésta a su vez orientada a las condiciones ambientales más favorables)? Las cazoletas en la roca de la prehistoria a estas alturas no tienen una interpretación definitiva, seguramente porque lo morfológico en ellas es solo morfología, pudiendo ser variados los usos, cosa que debe estar en relación con la asociación y el contexto en el que se encuentran.

XI. LA ARQUEOLOGÍA DE LOS CABREROS DE LA CARA SUR DE GREDOS

Finalmente, a la vista del rico patrimonio etnológico que existe en esta zona de la cara sur de Gredos es obligado preguntarse por su destino futuro. Es importante, representa una cultura, habla incluso de una determinada identidad que ya es historia, pero cuantitativamente es considerable, está enclavado en un sitio difícil y cualitativamente desde el punto de vista de su morfología tiene una extraordinaria fragilidad. Esto constituye un hándicap que actúa en su contra de cara establecer, cuando menos, medidas de protección. Precisamente, solo partiendo de la fragilidad física que le caracteriza a tal patrimonio, no podemos ser muy optimistas a día de hoy sobre su futuro. Es tal la cantidad de testimonios y resulta tan frágil cada uno de ellos sin excepción, que preservarlo no puede resultar un logro fácil. De momento lo mejor y más útil que se ha podido hacer es inventariarlo y obtener de ello una documentación gráfica básica que resulta la base para cualquier idea futura. Eso es lo que hemos hecho, en parte auspiciados por la Junta de Castilla y León y en una parte mayor por nosotros mismos, lo cual guardamos con celo, en la seguridad de que hemos llegado a tiempo de ello y que se trata de un trabajo que no se había llevado a cabo antes. Esto último no es lo más importante para nosotros, lo es que se haya hecho porque no estaba hecho. Durante cinco años, los firmantes de este trabajo lo hemos llevado a cabo en nuestra calidad de investigadores del pasado por vocación, fascinados por el interés que tiene y también con la intención de poseer documentos que pueden ser muy útiles para el futuro, de forma que puedan dar lugar a nuevos proyectos sobre ellos. Pero entre tanto nos preocupa su futuro a corto y medio plazo insistiendo de nuevo en su vulnerabilidad, la mayor preocupación que nos suscita.

La primera fase, la de su documentación, ya está hecha, por más que no esté publicada más en un 30%. A partir de ella, que representa lo básico, es necesaria imaginación y operatividad, obviando que haya organismos que lo conozcan, lo estimen, lo valoren y se interesen por ello. El lugar en el que se encuentra no reviste los peligros que el presente y el futuro inmediato representan en muchos casos para el Patrimonio Histórico. Su peligro mayor —insistimos— está en la vulnerabilidad de todos sus testimonios que a corto y medio plazo lo convertirá en meros amontonamientos de piedras, de los que ya hay muchos constatados.

Se nos ocurre que, como primer paso, se produzca una declaración de protección en el marco de la legislación vigente. No evitara el peligro de las especulaciones y demás amenazas en otros medios más favorables a ello, pero al menos situará las manifestaciones pastoriles de la cara sur de Gredos en el mapa de lo que hay, con toda su cantidad y su calidad. A partir de ahí será más fácil emprender otras acciones si hay voluntad política y social para ello. Entre tanto, la naturaleza colaborará ocultando una parte entre la maleza, haciendo un trabajo de protección, que no será mucho, pero de algo servirá.



Fig.56. Ruinas de la choza de Majada de la Jiruela. Arroyo Rituerta. Garganta de Chilla y majada de las cabras de la Majada de Pericucho, en la garganta de Chilla.

Quede pues este trabajo y los que sean precisos a partir de aquí, junto con otros muy encomiables que nos han precedido, como base para invertir en ideas y en proyectos antes de que sea demasiado tarde.



Fig.57. Puesto de la Vega del Nebral-10. Garganta de Chilla.

XII. REFERENCIAS BIBLIOGRAFÍCAS

- Arenillas Parra, T. et alii (1990). *Gredos la sierra y su entorno*. Instituto del territorio y urbanismo. MOPU.
- Blanco Castro, E. (2015). *Etnobotánica abulense. Las plantas de la cultura tradicional de Ávila*. Monografías de Botánica Ibérica nº 16.
- Calle García, S. (2017). “La cabra verata”. *Revista Las Majadillas*, nº 7 (Número extraordinario de 29 de junio de 2017), p. 41.
- Garro García, M. L. (1995). “Paisajes del valle del Tiétar”, En: *Gredos, territorio, sociedad y cultura*. Troitiño Vinuesa, M.A. (Coord). Institución Gran Duque de Alba. Diputación Provincial de Ávila. Ávila.
- Méndez, M. (2017). “Los pastores de Gredos. 04. Gastronomía de los pastores”, en *Revista Las Majadillas*, nº 7 (Número extraordinario de 29 de junio de 2017), pp.34-35.
- Monesma, E. (2024). *100 oficios para el recuerdo. Un viaje por la España rural en busca de las labores del pasado*. Lunwerg.

- Palacios, F. (2017). "La diáspora de los cabreros al oeste". *Revista Las Majadillas*, nº 7 (Número extraordinario de 29 de junio de 2017). PP. 22-25.
- Salazar Cortés, A. (2014). *Memoria de los trabajos de documentación sobre las actividades pastoriles en la cara sur de Gredos. Municipio de Candeleda. 1ª Campaña. Cuenca de la garganta de Tejea.* (Junta de Castilla y León. Documento inédito depositado en la Consejería de Cultura).
- Salazar Cortés, A. (2015). *Memoria de los trabajos de documentación sobre las actividades pastoriles en la cara sur de Gredos. Municipio de Candeleda. 2ª Campaña. Cuenca de la garganta de Chilla.* (Junta de Castilla y León. Documento inédito depositado en la Consejería de Cultura).
- Troitiño Vinuesa, M.A. (1999): *Evolución histórica y cambios en la organización del territorio del valle del Tiétar abulense.* Institución Gran Duque de Alba. Diputación Provincial de Ávila. Ávila.



Fig.58. Eduardo Martínez Vázquez. La Majada. 1917. (En Fundación Ávila. Ávila).